

- * LA FUERZA DE LA ELOCUCION (Cuento), por Arcadio Averchenko.
 - * LA PERFECTA CASADA, por José Fabio Garnier.
 - * REINALDO SOTO Y SUS ESTAMPAS ALADAS, por Luis Ferrero Acosta.
 - * POR HAWAII... (Crónica), por Clara Odilia Vargas de Schuder.
 - * LAS CONCHERIAS DE AQUÍLEO ECHEVERRÍA, juicios críticos por Roberto Brenes Mesén y Rubén Darío.
 - * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
 - * Tipos inmortales de la literatura universal: DIDO, por Virgilio.
 - * Los libros y los días: LAS UTOPIAS EN LAS LETRAS DE HOY, por Ramón Sender.
 - * EL CANTON DE BAGACES (Reportaje Gráfico por Francisco Coto).
- San José, Costa Rica, 23 de mayo de 1953.

Además...

LA FUERZA DE LA ELOCUCION

Por Arcadio AVERCHENKO
un cuento de las gran humorista ruso

En una esquina de una calle, poco frecuentada y silenciosa de Sebastopol dormitaba un tártaro. Ante él había una cesta de hermosas naranjas, que parecían bolas de oro.

Reinaba el bochorno y el hastío; pero el tártaro no sentía el calor ni el tedio.

En qué pensaba, de pie ante su cesta, ante su rublo y medio escaso de mercaderías? Lo más seguro era que no pensase en nada. Su dulce far niente era un estado de perezosa languidez, casi pura vida vegetativa.

El tártaro dormitaba y todo era tranquilidad. De vez en cuando pasaba un transeúnte o salía de una casa una criada amodorrada a comprar un par de naranjas.

Pero, inesperadamente, se acercó al tártaro un hombre con traje azul y sombrero de paja. Se deducía de su paso vacilante que estaba un poco embriagado.

Se detuvo ante la cesta y se quedó mirando a las doradas frutas. Durante cerca de dos minutos, ni el tártaro ni él dijeron esta boca es mía.

—Naranjas? — preguntó, finalmente el viandante.

—Sí, naranjas — contestó con indolencia el tártaro. — ¿Quiere un par?

—¿Tú eres tártaro?

—Claro! — respondió el naranjero, como si todo hombre que se respeta debiera ser tártaro.

—Ya, ya...

Una prolongada pausa.

—Vosotros, los tártaros, no bebéis vodka, ¿eh?

—No, nunca. Nos está prohibido.

—¿Y por qué os está prohibido a vosotros y a nosotros no? — se extrañó el transeúnte.

—Porque nuestro libro santo es el Korán, y el Korán nos manda no consumir bebidas espirituosas. ¡Beber vodka es un gran pecado!

—¿Tonterías! ¿Qué ha de ser pecado! Lo que pasa es que no habéis entendido ni jota lo que dice el Korán. Dame el Korán y te demostraré que no hay tal prohibición.

El tártaro, herido en sus sentimientos religiosos, miró de arriba abajo al transeúnte y, tras una breve meditación, dijo:

—No comprendo el placer de emborracharse... Se convierte uno en una bestia... Va y viene sin objeto, grita, canta... ¿Está eso bien?

—No está mal. ¿Por qué no cantar cuando a uno le rebosa la

alegría en el corazón?

—Comprendo que se cante bien; pero los borrachos, cuando cantan, atormentan a quien los oye. Más que cantar, berrean.

—¿Y a mí qué me importan los que me oyen? Yo canto para mí, no para los demás. Si se aburren, que beban también, y se divertirán.

El tártaro meditó de nuevo. Una expresión de triunfo no tardó en iluminar su rostro: había encontrado un poderoso argumento contra el alcoholismo.

—Los borrachos — objetó — pueden caerse y dormirse en la calle.

—¿Y qué? ¿Descansan!

—Pero mientras duermen, los ladrones pueden quitarles el dinero.

—¿El dinero? ¡Qué ingenuo eres! Cuando un hombre se cae y se duerme en la calle no lleva ya un copeck en el bolsillo. Si se cae y se duerme es porque se ha bebido todo el dinero que llevaba. Las excepciones son muy raras.

—Pero pueden quitarle las botas.

—¡Mejor! Así le ahorran el trabajo de quitárselas él.

El tártaro levantó los ojos al cielo, como si esperase encontrar ayuda, en forma de un nuevo argumento, en las alturas.

—Además — aseguró —, el vodka es amargo.

Lo hay dulce también. Hay vodka para todos los gustos.

El tártaro no se dió por vencido y replicó:

—Pero si yo puedo pasarme sin él!

El argumento era digno de consideración; mas el apologista del vodka no se rindió.

—Un hombre que se respeta — dijo — debe tener necesidades. Tener pocas necesidades es más de animales que de hombres. Hay incluso bestias a quienes gusta la bebida, y tú, un ser humano, ¿la desdeñas?... ¡Qué vergüenza!

—Pero, dime, con la mano sobre el corazón — arguyó el tártaro, desesperado —, el vodka ¿no es perjudicial para la salud? ¿El que no bebe no está más sano que el que bebe?

—Los bueyes están sanísimos, y, sin embargo, yo no quisiera ser un buey. Sólo se vive una vez, y hay que vivir alegremente. Algunos años más o menos no significan nada, muchacho.

—Sí; pero enfermar del hígado o del pecho no es muy divertido.

—¿Tonterías!... ¿Tú has leído las estadísticas?

—¿Qué es eso?

—Las cifras, los datos sobre la población, la salud pública, etcétera.

—No sé leer.

—Peor para ti. Vosotros, los analfabetos, ignoráis lo que es bueno y lo que es malo. Pues bien; según la estadística, cada ruso se bebe al año treinta litros de vodka. Treinta litros, ¿sabes?, ni uno más ni uno menos. Y todo buen ciudadano, que se estime, debe cumplir tal deber y tragar sus treinta litros. Tú también debes bebértelos, si no quieres perjudicar al Estado, para el que la venta de alcohol es una fuente de ingresos.

El tártaro, desconcertado, miró al transeúnte, cuya faz demostraba claramente que cumplía su obligación, la del tártaro y la de algunos otros ciudadanos.

—Sí, es verdad — tartamudeó —; no sabemos muchas cosas...

—¿Pues hay que saberlas! — contestó en tono severo el quidam. — Es muy fácil decir: «Yo no sé nada.» Lo difícil es ser un buen ciudadano. El que no bebe vodka es un zote, amigo mío.

Y se alejó con un paso inseguro, del que debía sentirse orgulloso, pues probaba que no era un zote.

* * *

Cuando se quedó solo, el tártaro experimentó un tedio como jamás había sentido y sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar las ideas que se agitaban en el interior de ella.

—Quizá tenga razón ese hombre — se dijo. — ¿Por qué no beber una copilla? Eso no le hace daño a nadie y le pone a uno de



La Perfecta Casada

por JOSÉ FABIO GARNIER

UNA muy rara pro-
cesión atravesaba
las calles de
la pequeña ciudad.
Iban hacia
la plazuela solitaria.
Querían llegar hasta el
brocal semi destruido del Pozo.

Venían en busca de un milagro:
Descaban obtener algo que solamente
el Pozo de las Maravillas podía darles?

Al frente de la procesión, entre dos seres raros que tenían todas las trazas de guardianes severos, avanzaba un hombre gordo, de feo aspecto, de mirada cruel. Era uno de esos personajes que no lo logran sonreír, aun cuando desearan hacerlo. Lo que llamaba la atención en su fisonomía ingrata, era una barba cerrada, muy cerrada, de intensos reflejos azules.

Detrás de él, venían duendes, gnomos y elfos. La justicia les había encargado la custodia del reo.

Vestida de una tela de color de tiempo, en el grupo venía Piel de Asno, la princesa que hubo de disfrazarse durante un tiempo. Agitaba sin descanso la derecha que parecía de marfil en la que brillaba con fulgores sobrenaturales un anillo de turquesas.

Vestida en forma modesta pero coronada la frente de llamas se acercaba también la ingenua Caperucita Roja, la que muy tarde supo que es peligroso detenerse en el bosque a escuchar al lobo, muy tarde comprendió que esos lobos de voz delicada son los más peligrosos entre todos los de la raza lobuna.

Dando saltos prodigiosos venía en la procesión, el Gato con Botas, el que no tuvo escrúpulo alguno para engañar a los demás siempre que eso favoreciera a su dueño a quien pidió solamente un saco y un par de botas.

Envueltas en sus mantos de color de luna que hacían palidecer las estrellas, avanzaban las hadas mayores y las hadas menores; con ellas venía la muchacha buena cuyas palabras saturadas de nobleza se traducían en diamantes y en otras piedras preciosas; seguía, con desgano, la hermana envidiosa cuyas expresiones de maldad se iban transformando en serpientes y en otros animales asquerosos.

Con sus diminutos zapatitos de cristal, llena de la gracia que es el verdadero regalo de las hadas, venía, acompañada por el príncipe encantado y encantador, la deliciosa Cenicienta. Entre suaves sonrisas, recordaba que sin la bondad resignada nada es posible obtener y que con ella, todo es fácil de adquirir.

No terminaba el brillante desfile. Pasaban los que piensan que todo es bello en la persona que es amada y que quien merece amor posee espíritu gentil.

Pulgarcito, el que nunca ha de desesperar porque siempre está en espera de lo inesperado; se acercaba capitaneando la fila hambrienta de sus seis hermanos mayores.

buen humor. Todo el mundo tiene derecho a divertirse un poco. Un poco nada más. No es ningún crimen que uno trate de ahogar su tristeza en una copita, ¡qué caramba!... No treinta litros, como dice ése; pero puesto que todos beben...

Y cogiendo su cesta se encaminó con paso resuelto a una taberna del puerto llamada El reposo del marinero.

Y concurrían la Bella Durmiente del Bosque; la inquieta Gitanilla; El Caballero de la Triste Figura y su Escudero ambicioso; las Alegres Comadres Inglesas; la Fierrecilla Domada; Gargantúa y Pantagruel; Rinconete y Cortadillo; Rafael y Graciela; El Barbero de Sevilla; Los tres Mosqueteros; Gulliver; La Dama de las Camelias; Romeo y Julieta; Tartarin de Tarascón; La Estrella de Sevilla; Robinson Crusó; El Lazarillo de Tormes; Atala y René; El Burlador de Sevilla; El Capitán de Cien Años, Matías Sandorf y Kerabán el Testarudo; El Conde Lucanor; Gil Blas de Santillana; Pepita Jiménez y Juanita la Larga; Fabiola; don Gonzalo González de la Gonzalera; el Tío Tom; Bertolino y Cacaseno; la Madre Celestina; el Diablo Cojuelo y tantos más que corrían deseando situarse bien para presenciar de muy cerca cuanto había de suceder.

Llegaron a la orilla del Pozo de los Milagros.

Hubo un silencio inesperado. Nada supo lo que pasaba hasta que un leguleyo tomó la palabra para lanzar acusaciones contra el hombre de fisonomía ingrata, de barba cerrada, muy cerrada, con intensos reflejos azules.

Se le acusaba de ingratitud con sus esposas. Había tenido varias. Se decía que esas pobres mujeres murieron porque él quiso hacerlas desaparecer de la vida.

—Que se le castigue como lo merecen sus horrendos crímenes. Gritaban unos.

—Que pague, en la misma moneda, cuanto daño hizo.—

Vociferaban otros.

—Que se forme un tribunal que lo juzgue y que lo condene.— Pidieron los más.

El culpable quiso hablar. Pretendieron impedirle que lo hiciera. La última esposa de Barba Azul, la que milagrosamente se había librado de la muerte, pidió, por favor, que lo dejaran explicarse. Tal vez tenía algo interesante que decir en su defensa.

El reo pudo entonces hacerse escuchar.

—No quiero que me juzgue un tribunal de hombres. Son mis mayores enemigos porque envidiaron siempre mis riquezas y mis triunfos.

—Que sea un grupo de mujeres el que analice los delitos y les imponga la pena que se merecen.

POEMA

JUDIO



"Odio a la pulga; profana mi lecho
Y se nutre a su antojo de mi-sangre,
No estaré tranquilo hasta que se haga justicia
Y hasta hacerle pagar sus crímenes
Triturándola sin demora.
Las fiestas y los sabbáts no me impedirán para nada
Cambiar en duelo sus solemnes goces.
Entonces, mis amigos me dirán:
Los sabios han prohibido matar el día de Sabbáts;
Y yo les responderé:
Dijeron: primero:
Al asesino que se apresta
Tómale la delantera."

BEN SALOMON HARIZI

le contestó quien hacia de maestro de ceremonias.

—Tampoco acepto que sean mujeres las que consideren mis faltas y den valor a mis excusas. Ellas, por ser mujeres, se pondrán necesariamente del lado de las esposas mías.

—No quieres hombres ni aceptas mujeres para el tribunal que ha de estudiar tus crímenes. ¿Cómo será posible, entonces, formar ese grupo de jueces?

Maya que estaba presente, como casi todas las gentes del pueblecito humilde, se acercó a Blanca Nieves. Algo le dijo en voz baja, la deliciosa compañera de los siete enanitos, que eran siete duendes, llamó al más pequeño de entre ellos. Le hizo una recomendación. El diminuto personaje desapareció. Se había dicho que se había hundido en el Pozo de las Maravillas.

Blanca Nieves dijo al conjunto de curiosos que la rodeaban:— Sin dejar de ser un hombre juzgará a Barba Azul quien ha medido ser mucho más que hombre. Sin dejar de ser mujer formará el tribunal quien ha merecido ser más que mujer.

El Pozo de las Maravillas se transformó en algo como un altar brillante entre nubes, apareció María, la Virgen entre las Vírgenes. En su regazo, como un sol, descansaba Jesús, el Dios Niño.

En segunda empezó el debate.

—Hizo morir a sus esposas, dijo el que hacia de Abogado Acusador.

—Ellas quisieron morir!— con-

testó el hombre de la barba de intensos reflejos azules.

—Por qué lo dices?— preguntó la Gitanilla inquieta y bulliciosa.

—Fueron desobedientes!— repuso el acusado.

—La culpa fué tuya! Por qué les diste la llave del cuarto cuya entrada les estaba prohibida?

—Quise darles el necesario sentido de responsabilidad!— afirmó Barba Azul.

—Fuiste mal intencionado!

—Les insinuaste, sin querer tal vez, las preocupaciones que nacen de la tentación ingrata!

—Fueron curiosas! La mujer nunca debe serlo!

—Tú así lo quisiste!

—Fueron desobedientes. La esposa jamás ha de serlo!

Hubo un silencio. El Dios Niño hizo un gesto. Su Madre Santa comprendió en seguida cuanto el pequeño quiso decir.

—No estás arrepentido?— preguntó con inefable dulzura al hombre de la barba de color azul.

—Al verte, al escucharte, comprendo que hice mal.

—Lo volverías a hacer?

—Nunca! Lo juro por...—

—No jures. No hay necesidad de juramento alguno cuando de hacer el bien se trata.

El grosero bastón que servía de apoyo al culpable floreció como florecen todas las esperanzas.

—Está perdonado!— exclamó la multitud presente. — Bendita sea la Santa Madre de Dios que tales milagros realiza!

El Infante Divino hizo otro gesto volviendo a ver a la esposa tímida de Barba Azul.

La Madre de Amor Infinito comprendió cuanto su hijo bienamado deseaba.

Hizo que al grupo divino se acercara la esposa del que hasta entonces había sido considerado como digno de pena.

Con esa mujer se adelantaron otras mujeres, las unas prometidas, las otras ya esposas.

A cada una de ellas les fué entregando un pétalo de matiz delicado y de aroma inefable.

—Así debéis ser, vosotras las mujeres buenas, las perfectas casadas. Como esos pétalos que nada pesan, que casi no ocupan espacio y que tan penetrante perfume despiden.

Todos comprendieron el sabio consejo. Se arrodillaron saturados de maravilla. Cuando levantaron los ojos para contemplar a la Madre Divina y a su Hijo-Dios, el grupo había desaparecido.

Allí estaba el Pozo de las Maravillas. Allí se había realizado uno de los milagros más grandes.

Del libro EL POZO DE LAS MARAVILLAS, relato para espíritus ingenuos

ARENA FRENTE A LA TEMPESTAD

Por GIBRAN JALIL GIBRAN



ON el impulso de nuestros brazos levantaron los templos y los altares para la gloria de sus dioses. Y sobre nuestras espaldas transportaron el barro y la piedra para construir las torres y fortalezas que consolidan su defensa.

Y con el vigor de nuestros cuerpos erigieron la esfinge para perpetuar sus nombres.

¿Y para qué edificamos los alcázares y los palacios, y habitamos solamente las chozas y las cabañas?

Con ponzoña y engaño consiguieron desmembrar una tribu de la otra, y alejaron y malquistaron los bandos y las familias. Pero, ¿hasta cuándo nos dispersamos como la arena frente a la tempestad, y nos trenzamos como cachorros hambrientos cerca de las carroñas putrefactas?

Medité profundamente en la Naturaleza, y encontré en ella algo que no tiene límite ni fin, algo que no se adquiere con dinero, algo que no borran las lágrimas del otoño, ni mata el duelo del invierno. Algo que no hallarás en las lagunas de Suiza, ni en los jardines de Italia, algo que sobrepones y vive en la primavera y fructifica en el verano.

En ella he encontrado el Amor.

(Traducción directa del árabe de Benedito Chuaqui).

Reinaldo Soto y sus estampas aladas



Por Luis Ferrero Acosta
Conferencia transmitida por la
T.R.U. Radio Universitaria
1.250 Kcs.

loridas y emotivas. El autor siente atracción perenne hacia la montaña y su mundo; permanece comunicado a ella y a menudo y en toda su obra participa ese amor. Pero ha sentido especial y franco regusto por las aves en rumbos estéticos. Tal preferencia determina su unicidad en el patrimonio literario costarricense.

Reinaldo Soto no se propuso escribir para niños pero hay en sus páginas devoción y valor por lo infantil, en lenguaje rítmico, forma rítmica y expresión clara. Su obra figura por méritos propios con la de Carmen Lyra de graciosa picardía, la prosa de Lilia Ramos, la reposada narración de María Leal de Noguera, la fresca poesía de Carlos Luis Sáenz y la de otros más. No escribió pensando en los niños sino que pensó en lo que aun tenía él mismo de niño y palpó a través de ese ventanal de su propia vida, sabiendo evocar con voz plástica, su mundo emotivo, diáfano y sencillo. Buceando en su espíritu encontró la idea unamuniana de que el niño es el padre del hombre y sintió la idea del luchador vasco que "aún no hemos acabado con lo de la niñez que tanto nos tira". Escribió con ideas no pensadas sino sentidas, "estremecidas con la sangre del alma", de ahí que su obra sea manifestación de una teoría infantilista de retorno a la naturaleza ingenua y sentimental. Su libro más importante se llama "Mi Pajarera" y nos recuerda ese amor tan profundo y sentido a las aves que palpó en Guillermo Enrique Hudson quien contempló el misterio de las cosas sencillas a través de la naturaleza determinando paisajes ricos. Hay en la prosa de Hudson un fuerte gusto por las imágenes y sonidos de la selva, los pájaros de alto vuelo, el "salvaje humor arbóreo", la caducidad y permanencia de lo fabuloso del espíritu. Existe en ambos autores una intensa religiosidad por la naturaleza. Nuestro escritor sin tener la sutil inspiración del anglo-argentino y sin la fuerza estilística del autor de "Adventures among Birds", "Purple Land", "Green Mansions" y "El Ombú" es un caso palpable de lo que puede un autodidacta y como logra

extravertir su personalidad bulente. Se puede decir de él lo mismo que Fryda Schultz de Mantovani encontró en Hudson: se diferencia de un doctor en ciencias naturales, como tantos de gabinete, porque observa, ama y necesita distinguir las formas de lo real para sentir que vive en el mundo. Ellos no buscan perfecciones éticas ni filosóficas y las literarias vienen en sus gérmenes porque viven con ojo avizor y están con "algo de la tierra adentro". Los dos evocan cosas sencillas, olvidadas y las acercan por la contemplación. Los dos tienen la misma raíz amorosa hacia la naturaleza pero los dos son casos separados.

Describe Soto empapado de emoción costumbres de aves mesoamericanas, en páginas puras e ingenuas que deleitan por su armonía narrativa y que incitan en la mente infantil cariño hacia la naturaleza, a los paisajes del terruño y a la tierra misma. Sabido es que la psicología del niño es compleja y multifacética, tremendamente juguetona y que gusta de lo puro y gusta tanto de lo puro que hemos hecho la prueba con la obra de Reinaldo Soto y no la ha rechazado. Leyendo sus imágenes aladas, de prosa descriptiva y poetizada, se siente que el autor ama y comprende a los niños. Porque ellos gustan y adaptan a su sensibilidad la obra de este escritor y porque su fraseología literaria también se adapta al adulto capaz de gozar lo sencillo, diáfano y hermoso, cualidad distinguidora de las letras para niños, es que no dudamos en considerar a Reinaldo Soto como literato infantil. Estas son páginas para niños de fresco, puro y cantante viento!

Hay en todas sus estampas aladas color, animación y participación del medio natural. El escenario es cambiante: va desde la costa cálida hasta la montaña de sutiles neblinas; insensiblemente aparecen con las aves nuevas plantas y nuevos aires. La flora se presenta variada, fértil y animadora; además es fertilizante y forma una suave alfombra de humus. Del manglar pasamos a los coyoles, jacarandás y a los co-

Los científicos yugoeslavos que estudian los fenómenos eléctricos en la Academia Serbia de Ciencias han aceptado la propuesta de un miembro de la Academia Real de Suecia en el sentido de emprender un estudio conjunto de las descargas atmosféricas. El tema ofrece especial interés para Yugoslavia, en donde no se han realizado hasta la fecha estudios extensivos de esta naturaleza.

Por otra parte, en Estambul dos profesores universitarios yugoeslavos realizarán una serie de estudios históricos, revisando documentos de los archivos del Estado, en que se detallan las condiciones que dieron lugar al levantamiento de los serbios contra los turcos en 1804. Mientras tanto, un profesor turco de la Universidad de Ankara ha sido invitado a ofrecer un ciclo de conferencias en varias universidades yugoeslavas, sobre el período otomano de la historia de este país.

pos perfumados de naranjas en flor. Topamos con plantas exuberantes y el autor nos entrega en sus páginas "verdes felpas de altos tamarindos", "umbrosos sota-caballos que ostentan su verdor en el más fresco dombo que cubriera el ribazo", vemos el musgo, "crespa barba de gigantes seculares como caricias que chorrean finas gotas de cristal". El sol está en el cenit y "una piñuela parpadea con rojo vivo", o el papaturro ostenta racimos de perlas transparentes que invitan a la ambrosia, o en las veras del camino aparecen "las rojas estrellas de las pastoras" y así van desfilando ante nosotros morisecos y abrojos, odorantes resedas, humildes gotitas del cielo: santalucías, alternando con gallinitas de cuayotes y vistosas pudreorejas, capulines y bambúes, verdequeantes helechos con el derroche de mieles de los mangos...

Dijimos antes de la cualidad observativa del autor: ahora veamos cómo nos enseña de la vida de las aves y cómo nos deleita. ¿Acaso no es distinguido este principio en la literatura infantil? Sin caer en pedantesca pedagogía, todo sencillez y diaphanidad, nos entrega el autor sus visiones y éstas son algunas:

Viene el capricho artístico del colibrí, único personaje alado en quien observamos el raro privilegio de volar hacia atrás. Cuando frena para retroceder, Reinaldo Soto lo contempla como "un parpadeo de llamita que se quiere apagar", o cuando vuela nervioso lo cree "una borla de seda desprendida del puño de una sombrilla aristocrática".

Pasa luego el Soterré, extraordinariamente nervioso que pareciera haber descubierto las leyes del movimiento continuo: por eso nuestro autor considera que hasta dormido salta y canta. Es de tamaño minúsculo. Grita con fuerza sobrenatural, desahogada y continuamente.

La vanidad no es sólo distintivo del humano: la urraca "sabe que es hermosa y así se complace en pregonarlo desde el alba al ocaso, con su grito peculiar que quiere ser invitación o ruego, quizá reclamo de suavísimos dialectos". Además de vanidosa es cleptómana: gusta llevar a su nido objetos pequeños y brillantes; es confianzuda y juguetona y roba bajo el alero mismo de la casa campesina la pastilla de jabón, la alambrita y o-



La literatura señala la abundantes participaciones de la fauna en forma excelente y a veces magnificada. Todo ofrece amplias perspectivas artísticas y hubo quien ya inmortalizó a un burrito, otro a un cisne como manifestación de una corriente poética y quien trajo al sapiente buho protestando del "en gañoso" plumaje del ave dariana. Muchos son los que les han rendido homenaje reverente y no es raro ver desfilar siluetas de animales llenas de sinceridad y dulzura. Tal es el caso de un escritor, en Costa Rica, aproximado a la fauna porque hizo de la ornitología su fuente inspirativa más depurada, no como estudio científico sino artístico.

A través de la expresión escrita o hablada, con especialidad la anónima u oral transmitida de padres a hijos, se observan tránsitos de animales que sorprenden. Estudio prometedor indudablemente es el inquirir la presencia de la fauna en la literatura. Podemos hurgar en los libros con provecho y con la seguridad de que si tal cosa realizáramos será larga, muy larga, la lista de animales célebres que encontraremos con carácter y definición, en lo popular y folklórico, lo individual y colectivo. El animal está presente a menudo jugando un papel importante en la vida del hombre y es de interés conocer cómo el humano lo dota a veces de pervivencia muy totémica. Pero ese estudio permanece destinado a otros ya que en esta nota analizaremos la obra del escritor costarricense que ha visto con ojos hechizados en su mundo real y emotivo perfiles llenos de luz y movimiento. El ha oído el idioma prodigioso de las aves que sólo los iniciados pueden entender. El hombre lo estudia, observa y aun imita en muchos principios generadores y es destacable comparar situaciones de los animales con la vida del hombre y quien ve en el mundo de ellos nuestro permanente drama. Reinaldo Soto es uno de ellos cuando encuentra en las flores aladas, en los constructores de nidos, caracteres muy humanos.

La presencia del mencionado escritor en las letras costarricenses adquiere un tinte especial por sus estampas aladas, páginas de pura magia, profundamente co-

tras cosas. En las ilimitadas pampas guanacastecas es la nota alegre, la pincelada de luz sobre la augusta soledad.

En la montaña se escuchan golpes fuertes. Es el carpintero que infatigable abre en los troncos con la herramienta segura de su pico huecos de perfecta circunferencia como trazados a compás. Su copetito rojo lo señala en la selva. Cuando no trabaja para hacer nido lo hace buscando larvas para alimento y cuando concluye su tarea canta satisfecho. Sabe de la sana alegría resultante del trabajo honrado: por eso canta al finalizar su labor.

La montaña está llena de murmurios y ruidos; entona la Naturaleza un himno triunfal y de pronto se interrumpe el canto. Hay un desgarramiento como de hojas secas. Es la codorniz que deseando huir de algún imminente peligro vuela con ruido como "un diminuto avión de cortas alas, que con todo el roncar de su motor apenas logra arrancar del suelo".

"Bulle la arboleda en melodías infinitas —nos dice el autor— cual si en cada rama ensayaran sus arias artistas invisibles que a ratos olvidan su banquete para cantar al cielo". Son los Mozotillos desde la esmeralda que cantan en el bochorno de la tarde veranera. Gusta cantar a la naturaleza, vive para cantar y muere cantando, libre o preso ríe feliz de la humana estulticia y su plumaje modesto "pareciera trocarse en llavines de un flautín". Su música es suavísima y embruja.

Pero también hay pequeñas flores aladas que limpian de dañinos insectos todos los frutales o en la huerta persiguen de preferencia orugas, moscas y avispas. La Cazadora es uno de esos utilísimos animales que prestan servicios gratuitos dadas sus costumbres. En las tardes, cuando el sol baña dulcemente la Cazadora vuela orgullosa de sus plumas coloridas por el oro de más alto quilataje. "Construye su casita con arte, —anota el autor—, lujo y suavidad interna y las paredes externas las disimula curiosamente con lanas del color de la corteza del árbol. Cuida con solícito desvelo de sus pichones implumes y canta alegre su trino sencillamente cuando ha logrado divisar su futura presa que lleva a sus hijos después de rematarla con insistentes golpes de pico sobre el ramaje".

Así podríamos resumir cada una de las estampas aladas de nuestro escritor, yendo desde las especies habitadoras de la selva virgen hasta las domésticas, desde las grandes y de alto vuelo a las especies pequeñas de vistoso color. Podríamos hacer desfilar ese mundo animal que vive en las páginas de Reinaldo Soto y sin duda acudirían a la cita la Garza Blanca semejando "copos de algodón puestos con descuido sobre la punta de dos finas varillitas brillantes" o volando como "un ruero de pétalos"; la Tórtola jeremiaca, con el eterno arrurú maternal de su canto; el Bo bo melancólico y laborioso ingeniero civil; la Oropéndola desconfiada, presuntuosa, elegante corista de ingenio constructor; la Viuda más alegre de todas, la más liberal, la viuda coqueta de festivo vestido celeste; el Comemaíz de mal genio, andariego y bullanguero que se confunde con el color de la tierra, siempre en busca de pleitos; la Piapía, amarillenta, anémica y bulliciosa; la Lora, pincelada locuaz y parlanchina de lengua negra y fea; el Plus merodeador; el Guaco centinela de atardeceres; el Maja fierro tan rodeado de leyendas; el Tijo, de vestido feo y triste como un montoncito de luto o

como un manchón de tinta china, pero tan ágil y tan útil con su noble misión de Inspector Ganadero; el Cuyo de quien cuentan agoreros y maldicientes, que "aun en noches de plenilunio suele perder a quien lo siga entre los laberintos del bosque"; el Zopilote de invariable uniforme negro, con su eterna gorra de cuero corrugado; el Jilguero de dulce canto; el Cardenal como jirón purpúreo; el Pecho-Amarillo, bochinchero; el Gallo, reloj de los pobres y el financista que mantiene el equilibrio económico de las amas de casa; la Calandria de blanca nivea, celosa guardiana de los principios de un idilio montaraz pues casi nunca va sola y el Curré, tan atractivo. Así podríamos traer los elementos naturales de la emoción humana que excluye la mera copia y que figura en la obra de Reinaldo Soto pero sería muy despacioso. Valga, sin embargo, lo que antecede.

Así son todas sus estampas aladas! Admira a los pájaros vivos en plena libertad y no los cubre de perfecciones sino que respeta las leyes invariables de la naturaleza: es un reencuentro con ella plenamente identificado. Lleva en sí impetu de contemplación. Sus páginas no son moralistas y traen efectos de inocente claridad, tan bristina que cautiva por su mirada y comprensión del mundo animal. Utiliza la metáfora para hacer comparaciones poéticas que entran en la mente de los niños y que aclaran conceptos fijando a la vez imágenes llenas de movimiento, color, sonido y luz.

Las visiones plásticas de afortunada constitución y armonía, producen resultados tangibles e ilusionan tremendamente por la conquisa contemplativa y emotiva, porque supo contemplar la naturaleza, fijar sus propias impresiones y recoger el tesoro interno de imágenes, contornos, como algo viviente con el ritmo típico de sus movimientos. Y esa es la singularidad que trae con sus estampas aladas, como literato para niños y adultos.

Antes de finalizar esta nota exaltaremos la pasión tesonera que lo anima a plasmar sus páginas, tan emotivas y sinceras. No conoce el aula colegial sino que transitó apenas, ya hace cuarenta años, la escuela primaria y con el instrumento que le brindó supo luego, animado por un deseo incesante de cultivo, transformarse en autodidacto, con las consiguientes lagunas culturales que ello implica.

Su vida, modesta económicamente, pero rica en sensibilidad, ha sido un elogio constante al trabajo y a la naturaleza. Caminado ya cincuenta y tres años, pues nació en la ciudad de Atenas el 30 de mayo de 1900, puede considerarse feliz, con la íntima felicidad que produce el contemplar una obra ya concluida.

El no conoce, y de esto guardamos plena seguridad, los elementos infantiles de Abel Bonard en "Les Familières" y Jules Renard en "Histoires Naturelles" aunque guardan coincidencias raízales. Tampoco conoce el hai-kais japonés, con el que guardan algún parentesco varias de sus estampas. Como ama y comprende se aproxima con su obra artística a la ornitología al panorama literario costarricense porque ha visto con ojos hechizados y oído atento un lenguaje rítmico que sólo los iniciados entienden... Todos tenemos algo de niños y es indudable que estas estampas aladas nos lo reaniman. La deuda que tenemos, mayores y niños, hombres y mujeres, sólo con las gracias del corazón se la podremos pagar. Sin embargo, es digno invocar a los penates de la selva para que estas estampas sean para todos. ¡Ojalá sea así!

CARTAS FEMENINAS

Señor don Fidel Tristán
Director de LA REPUBLICA.
San José.

Mi distinguido amigo:

Me siento tica por los cuatro costados, si bien en el lado materno, hay cierto tinte mediterráneo en mi sangre. Me entusiasman los viajes, las lecturas y el teatro, el verdadero teatro. Con frecuencia me alejo de esta mi patria muy querida, pero muy pronto una fuerza irresistible me trae de nuevo hacia acá.

He vuelto hace poco de uno de esos constantes viajes míos. Entre los libros que mi hermano recoge, para mí, durante esas ausencias, he encontrado uno muy reciente de autor para mí desconocido. El libro: *Alto sentir*. El autor: Alfonso Ulloa Zamora. Me dicen que es alumno del segundo curso de Filosofía y Letras en nuestra Universidad. Me dicen que, además, es empleado público. De losrosos dualidad que se reproduce en casi todos nuestros escritores, los buenos y los menos buenos.

Del libro quiero hablarle en esta mi primera carta pública. Digo pública si es que llega a interesarle a usted hasta el punto de pasarla a las cajas de ese vocero intelectual que se llama LA REPUBLICA.

El libro, pequeño y denso, está dividido en dos secciones. La primera, aparece bajo un título de intimidad sugestiva: *Persistencia de ti*. La otra, la forma un manojito de poemas que se creyeron independientes entre sí; sin embargo, son muchos y son uno.

Motivo fundamental de la primera parte: la ausencia. La amada, antes de ser conocida, no era ausencia todavía. Después, la siente en un distante cielo de ausencia. Para el poeta, el amor, que es el encuentro esperado de dos almas, es realmente una ausencia; porque, ya esté cerca, muy cerca, ya se halle lejos, la amada misma es la ausencia que llena el destino del amante.

Las presencias lo llevan al hastío, enemigo fundamental del amor. Por eso, en ocasiones, le parece al poeta ser él un recuerdo nada más; es decir, una ausencia verdadera. La adorada, entonces, en virtud de las antinomias pasionales, se transforma en presencia. Ambos son, pues, recuerdo y lejanía, sueño y ausencia. Ambos, en virtud de la esperanza y de la angustia, al final del camino recorrido en amable y recíproca compañía, serán dos eternidades. No sé por qué el poeta enfrenta la vida, que es un instante solo, pero que es vida, con la eternidad, que es eterna, pero, al mismo tiempo, a muerte, para él. Basta que en la región de los amores todo tiempo nombre de esperanza para que creamos en la eternidad que no es no puede ser nunca muerte.

La rima, en esta primera parte, es de una absoluta independencia. El ritmo, a pesar de los pesares, se impone en todos los instantes. Encantadoras las figuras que no son buscadas adrede; "perdidas plumas suaves que hieren de belleza; tu risa tenía el mismo color de las espumas; el viento, ladrón de aromas de tus cabellos; la pequeña dulzura de tu peso; mis brazos, ciegos; la llovizna dura; los claros silencios; las opacas tristezas; los cantos que ciegan..."

Me dejó pendiente de un profundo pensar aquello que el amante le confiesa a la amada: en la soledad, es uno ciego!

En la segunda parte se impone la suave dulzura del poema sugerido por la ausencia, siempre dolorosa, de la madre, la de los seguros perdones, la de la exacta y no solicitada comprensión, la de la agotable fe que se reparte sin egoísmos vanos, la que ahora reposa en una santa y callada eternidad!

Cuántas emociones idénticamente experimentadas despierta la visión angustiosa de la calle de todos los momentos, la calle de siempre, alargada, tan recta, tan conocida. Y piensa una que esa calle, de perspectivas tan sin sorpresas, es el sendero de la propia existencia. Curioso, en este poema, el hecho de haber escogido, para tan profundo sentir, versos de arte menor, con ribetes del tradicional romance.

Fray Luis de León se impone siempre a quienes salen de la adolescencia para adentrarse en la vida de recodos inesperados. El poeta canta, entonces, en impecables estrofas, la soledad en la que, como él mismo lo dijo, uno es ciego. A pesar de esa indiscutible ceguera, el bardo alienta la esperanza de realizar, en ella y con ella, lo que antes nunca supo ni pensó alcanzar.

Delicada, más lejos, la visión de un árbol en el que, bajo el cenoro peso de los nidos, la vida es pluma y es destino... un diminuto brillo de rocío. Sugestivo el canto a la tierra de fecundas virginidades que, en un milagro continuo y oculto, transforman las simientes del no ser en realidades de bellezas inefables. También al aire, el señor de todo tiempo y de todo espacio, es decir, de toda vida. Recuerda que ese aire suave a veces se convierte en canto en el armonioso cuello de las aves inquietas. Advierte que es también silencio en la hondura vibrante de los pechos enamorados.

Cierra el libro primoroso una serie delicada de sonetos de perfecta inspiración. Piensa en el tiempo que nos conduce hacia las misteriosas urgencias de la pálida enterradora. Se complace en evocar la dimensión que, poco a poco, ha de convertirse en algo sin extensión y sin profundidad. Recuerda, de nuevo, el triunfo de la ausencia que se impone en una doble presencia de anhelos infinitos. Y, en las últimas páginas, una original oración profana, desfile inefable de pensamientos que fácilmente se convierten en delicados sentimientos.

En resumen, mi estimado señor Director, hay en este libro poesía verdadera, pensar original, perfección en casi todos los instantes.

Si usted me lo permite, seguiré enviándole una vez cada quince días, modestos trabajos en los que deseo ensalzar lo que Costa Rica tiene de bueno. Para señalar lo que en ella hay de malo, ahí están los derrotistas desorientados que tanto abundan entre nosotros.

Déjeme firmar con un seudónimo romántico. Recuerde que soy joven, recuérdeme que soy mujer: dos razones indiscutibles para ser tirme romántica.

LUZ DEL ALBA

POR HAWAII...

Es una Crónica de Clara Odilia Vargas de Schuder

S/s Presidente Wilson en ruta a Yokohama



MARY que es como el vigía, vió las primeras luces de las islas y nos despertó como a eso de las cinco a. m. En un santiamén estuvimos listos y en cubierta. Todavía las pequeñas islas eran siluetas en un cielo de madrugada oscura, y las montañas de Oahu apenas se recortaban al fondo. Pequeños pueblos de pescadores formaban regueros de luces aquí y allá, y el barco se me antojaba más rápido al tener un punto fijo de referencia. El sol voluntarioso del trópico se fué adueñando del paisaje, y su recia claridad nos descubrió muy pronto el suave paisaje hawaiano: playas tiernas de vegetación, montañas mojaditas por la rica humedad de sus nubes bajas, todo centelleante de un polvo dorado caído de la melena del sol al sacudirse la pereza nocturna.

Sobre un mar azul tinta, furiosamente azul y furiosamente tinta, volábamos más que navegábamos.

Nos acompañaban miríadas de aves marinas que se adelantaban con el mensaje de hospitalidad de las islas.

Muy pronto estuvo a la vista Cabeza Diamante, un cerro que es la marca distintiva de la isla de Oahu, y muy pronto, Honolulu. De lejos distinguimos la Torre Aloha, que sobresale orgullosa y acogedora. Y nos acercamos al muelle lentamente. Todavía se me pega el nudo al recordar la emoción sentida en el momento.

Todo el color y perfume y la música de la isla, se concentraban en el muelle para dar su Aloha de maravilla al visitante. En medio de la dulce y cadenciosa música tocada por llorosos instrumentos, magníficas voces se alzaban llenando el aire de las dulces palabras del dulce dialecto. Y así cantaron, cantaron hasta que el barco se detuvo; nadie se movía, pues una voz espléndida de contralto, decía en notas ardientes las palabras casi amorosas con que se hace entrega de los leis de flores a los visitantes. Cada uno de los que esperaba en el muelle, traía leis para colocar al cuello de la persona esperada. Y pronto estuvieron en el barco, llenándolo de

esencias, de besos y de colores, de alohas y de lágrimas de contento. Todos, hombres y mujeres se dejan colocar sus leis: de orquídeas, de gardenias, de claveles y ponen la mejilla para el beso y contestan aloha al aloha que se les dice. Nosotros hicimos lo propio. Qué recibimiento inolvidable, emocionante por su calor y su belleza! Todavía su música cadenciosa suena en mis oídos, y todavía algunos leis conservan algo del perfume tibio de Hawaii. La tradición ordena que al partir tire uno sus flores al mar, para dejar algo de uno en prensa, que lo haga regresar. Así lo hicimos también.

Desembarcamos enseguida, a las ocho a. m., y comenzamos el recorrido dando varias vueltas por el centro de la ciudad. La ciudad de Honolulu es completamente moderna, con grandes y bellos edificios. Le prestan enorme encanto las avenidas bordeadas de palmeras y los jardines de exuberante vegetación tropical. Muy pronto nos dirigimos a la playa, la tan mentada Playa de Waikiki. Es en realidad encantadora, con arena blanca, suave como polvos de talco, y con un mar de absoluta y verdadera maravilla, por lo transparente, por lo tibio, por el juego de colores de sus aguas cambiantes, colores que no he visto más que en algunas piedras preciosas en bruto, como la esmeralda en su propia veta, o los ópalos azules de Australia.

Hawaii se llama al conjunto de islas, ya que la más grande de ellas así llamada les da su nombre a todas, pero Honolulu (y Bahía Perla o Pearl Harbor) están en la isla de Oahu. Los nombres en hawaiano se pronuncian como se escriben: la h suena como j.

Sus habitantes son de origen polinesio pero forman hoy día un pueblo muy mezclado con chino, japonés y americano. Tienen ojos ligeramente rasgados y color aceitunado. Se visten a la moda occidental, los hombres con camisas floreadas, falda afuera. No se ve una falda hawaiana más que en ocasiones especiales, cuando bailan hula-hula para fotógrafos o turistas.

Saliedo de la ciudad, cuyos edificios todos están pintados color arena o color corcho, se llega por lindas avenidas de palmeras frente al Royal Hawaiian, que es el hotel más famoso en la playa de Waikiki. Una belleza en su estilo. Hay que tener en cuenta que es la Naturaleza la que presta su mayor encanto a todo lo material, a lo hecho por el hombre. La densa vegetación tropical de los jardines, las enredaderas trepando lujosamente por las paredes y descolgándose desde lo alto en bejuco y flores, dan su aspecto y su tónica de belleza salvaje a todo alrededor. Por el camino de la playa, seguimos el paseo admirando el espectáculo soberbio de ese mar que tiene los colores de la cola del pavó real, y que se deshace en espumas rimbombantes entre las rocas de coral, que forma arrecifes oscuros, veteados, imponentes. De un lado el mar dulcísimo, de otro la montaña abrupta, volcánica, contorsionada, variadísima en sus formas.

Las islas son de origen volcánico y a ello se debe que las montañas y colinas tengan esas formas caprichosas: tan pronto son como acordeones de piedra, con cúspides erizadas como sierras, como son enormes, bajas, o suaves declives. El valle lo sorprende a uno en cada recodo del camino con sus suaves

Así visten ellas

MARIA CECILIA MONGE A.

Mármol que se vuelve dulce ro... Arquitectu... ra clara, aroman... do como una rosa sorprendi... da... Sueño an... tiguu, maravilla de la gracia... Para, decir pen... sando en ella, "el mármol era rosa y viceversa".

(Foto Solano)



HAGASE MAS BELLA

CUELLO SILUETA



REGUPARSE por las joyas que han de servir de adorno es muy femenino. Pero tampoco hay que dispensar atención a las zonas

del rostro que parecen menos importantes. El cuello, por ejemplo, no a todas preocupa, olvidando que allí aparecen las arrugas. A lo mejor se estudia el efecto de una gargantilla ancha de perlas y se deja de lado un buen masaje y un eficaz tratamiento para que su blancura no experimente el mínimo altibajo parangonada con la del rostro.

Además hay que buscar con la

modista los descotes que más favorezcan, los que pueden eliminar imperfecciones y los capaces de destacar un rasgo determinado. No tiene esta parte nada que ver con el maquillaje, pero coadyuva a la impresión de realce de conjunto que se procura por todos los medios.

Las muy delgadas que se dedican exclusivamente a la búsqueda de una línea de vestidos que les proporcione un volumen ilusorio mayor han de procurar realmente en el consejo médico el régimen de alimentación que las favorezca y en el ejercicio racional y metódico una valiosa ayuda para ver cumplido ese anhelo. Esta ha de ser la base de esa transformación para la silueta y no los procedimientos empíricos.

PLATOS TICOS

TOMATES RELLENOS

Se preparan los tomates, abriéndolos por la parte superior, vaciándolos con mucho cuidado para no romperlos. Se cocinan tantos huevos duros como tomates se van a rellenar. Se pican las yemas y la parte blanca, cada una aparte, y perejil finamente picado. Se rellenan los tomates con estas tres cosas, teniendo cuidado de que queden cada una separada para que formen como una bandera y de un bonito efecto; en cima se les pone una aceituna. Se ponen en un platón sobre hojitas de lechugas muy tiernas.

colores, su vegetación asombrosa, sus grandes cultivos de piña y caña de azúcar, sus árboles floridos como la poinciana, y el conves en todos sus colores lujurioso, casi escandaloso de los fiornos. Aquí las orquídeas no son parásitas. Crecen y viven por sí mismas, en árboles. Digo que está te el árbol de orquídeas; éstas son su propia flor. Luego los hibiscus, con su calidad de mariposa gigante, y los insolentes anturthiums y las copas de oro, que se abren en presencia de uno con un movimiento visible de sus corollos gigantes también. Y así como son las flores son los pájaros: rojos, azules, amarillo intenso, y en profusión. Y así los peces, y las frutas.

Todo lo recorrimos, para un lado y otro de la isla, hacia arriba por las cumbres y entre nubes, y hacia abajo entre las alas de colores. Visitamos lugares que no describo porque no terminaría nunca: el

cráter de un viejo volcán, el palacio del último rey de Hawaii, Rey Hamehancha, el Oahu Country Club, donde almorzamos extraños platos difíciles de retener, en un comedor lleno de helechos gigantes, fresco como una gruta. Visitamos un templo mormón y un museo arqueológico extraordinario, fuimos a Campo Hichana y Pearl Harbor ambos de interés en la moderna historia. Otros hoteles maravillosos, en las playas. Observamos por largo rato los surfers, deslizándose envidiablemente con las alas. Fuimos a lo alto del Pali, un cerro con la más maravillosa vista, atravesamos Moahalua, un barrio residencial de ensueño; vimos las Upsidedown Falls, cataratas que el viento vuelve a impulsar, hacia arriba y muchas otras maravillas que llenarían muchas páginas. Pero tengo que terminar ya. El tiempo se me hace corto antes de llegar al Japón.

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de José Salazar V.



-1-



E los periodistas que más sobresa- lieron en estos últimos tiempos, fué indudablemente Antonio Z. Castillo, el "Yunque" como cariñosamente le llamaban sus amigos. Un periodista de verdad, que con su pluma, que era de mejor temple que el acero de la espada, provocaba las más encendidas polémicas entre políticos ambiciosos y aspirantes a la silla presidencial. Junto con Ramón Caldera dirigió el diario de la tarde "Crítica". Fué un redactor de primera línea en el cuerpo de redacción de "Diario de Costa Rica".

Un día fué a visitar a su propia oficina al gran comentarista

Abelardo Bonilla Baldares, el actual Presidente de la Asamblea Legislativa, q' trabajaba junto con Zelaya en el mismo periódico, quien le expresó:

—"Estoy desesperado, llevo mucho tiempo escribiendo sin descanso los comentarios cablegráficos del Diario, que a mi juicio no son peores que los que generalmente se dan a conocer al público en otros periódicos".

Antonio Zelaya que lo escuchaba con toda atención, porque Abelardo Bonilla es de los que calzan muchos puntos en literatura, le contesta:

—"Si en lugar de asistir a las fiestas, de frecuentar los salones y otras cosas más, gastas tu tiempo en trabajar... NUNCA HARAS NADA DE PROVECHO MI QUERIDO ABELARDO".

-2-



L. Licenciado don Francisco Aguilar Barquero fué un abogado de muchos prestigios en Costa Rica. Electo por el Congreso para

Tercer Designado a la Presidencia de la República, en el gobierno del Licenciado don Alfredo González Flores, tuvo que hacerse cargo del poder a la caída del gobierno de los Hermanos Tinoco que fueron los que por medio de un golpe de estado, derrocaron al Licenciado González Flores.

Don Chico, como cariñosamente se le llamaba, fué un gobernante que logró armonizar a la familia costarricense, que en aquella época se había dividido bastante. El Licenciado Aguilar Barquero

tomó el poder de manos del General don Juan Bautista Quirós. En esos días la república vivía horas de preocupación y de zozobra.

Ejerciendo la presidencia de la república, llegó en cierta ocasión a la Casa Presidencial Salustio Quirós a saludarlo y a pedirle que lo ayudara a conseguir un empleo en el gobierno. Don Chico, con aquel gran corazón que se gastaba, empezó a darle consejos a su amigo don Salustio, y por último, se permitió, en la forma más amigable y sincera, decirle:

—"Mire Salustio, Por qué usted no toma con regla?"

Entonces el amigo Quirós, que era todo ingenio, le replicó al Licenciado Aguilar Barquero:

—"PORQUE SE ME RIEGA, DON CHICO".

LAS CONCHERIAS

por ROBERTO BRENES MESEN



LIENTO fresco de los montes, respiración sana de terneras al levantarse la aurora, risas del campesino cortando la tranquilidad de las horas, de los cuchillos el ruido metálico y vibrante que rebanaba en la noche el silencio de la luna: todo eso aquí se encuentra.

Mas si se lee, reflexionando, esas poesías, cuando ya se ha experimentado el encanto poético, a parece el alma de nuestro pueblo y su lengua arcaica y sencilla.

Abandonado el pueblo a sí mismo, porque después que deja las aulas de la escuela rural nadie se ocupa en proporcionar a su entendimiento nuevas ideas, nuevos conocimientos, nuevas diversiones, va quedando estacionario, dominado por las preocupaciones de toda clase que le han legado sus antecesores.

Su higiene privada se halla en el mismo estado que hace muchas generaciones tuvo y su medicina, untada de hechicería, es una mezcla de barbarie y de bien sentido natural.

Se advierte éste en el uso de las plantas medicinales de energéticas virtudes y aparece la brujería en las caprichosas proporciones en que se hacen los ungüentos y mixturas. Esto es, nuestro pueblo, en lo que atañe a medicina, se halla en plena Edad Media. El sentido médico es uno de los más desarrollados en nuestro pueblo, como ya lo fué en el de España, por eso es fácil observar cómo a cada momento, en tratán dose de una enfermedad, brotan las recetas en abundancia. Así, no es extraño que en "Concherias" se reserven un lugar tan preferente ("El curandero", "Visita de Pésame").

Desarrollado en más alto grado que el sentido médico se halla en el campesino tico el espíritu comercial. Calcula con aparente torpeza, pero detrás de su cara bonachona existe la certidum de la boda de la hija, la insepa-

bre de un cálculo muchas veces repetido. Es un tratante ante todo y el tipo verdadero, lleno de sorna y malicia, se verá en "Mer cando Leña".

Tanto en esa como en la concheria titulada "Trato Frustrado" sonríe la índole semiburlesca y socarrona del aldeano tico. Así como aparece su valor caballeresco en "Cuatro Filazos". En el 'me perdonás si te mato' hay una mezcla de religiosidad y de resolución, digna de los más clásicos tiempos de la capa y la espada.

Esa influencia de la religiosidad que se observa en tantas co-



ROBERTO BRENES MESEN

tumbres de nuestro pueblo se manifiesta de muy claro en esa fiesta dolorosa que se llama 'El Angelito'. Si el niño que muere es un ángel más, torpeza herática será llorarle; celebrar su muerte es menos humano, pero más grato a Dios; por eso el campesino tico celebra la muerte de sus hijos chicos. Los vecinos y los amigos rien, el padre bebe, quizás sólo la madre vierte algunas lágrimas furtivas, como las derrama el día de la boda de la hija, la insepa-



OS DE AQUILEO ECHEVERRIA

to, una 'Conchería' es una acción o una expresión propia de un campesino.

Escuchad aquí los inocentes juros, las supersticiones, los errores, las opiniones, las costumbres de un pueblo, que ama, que trabaja, que se deja llevar, que a veces bebe, que ríe, y no prestéis oído al llanto de las madres que muere sofocado en las cenizas del fogón o bajo el turbión de vuestras risas.

EL POEMA DE COSTA RICA

por RUBEN DARIO

Costa Rica tiene el espíritu más ordenado y pacífico de todas las cinco repúblicas de la América Central: Costa Rica tiene sangre gallega: Costa Rica tiene un notable diplomático en Europa que se llama el Marqués de Peralta; Costa Rica tiene el mejor teatro de aquellas regiones; Costa Rica tiene la Corte Suprema de Justicia Centroamericana en la ciudad de Cartago, y un edificio que le regala Carnegie; Costa Rica tiene un tranquilo pueblo de agricultores y Costa Rica tiene un Poeta. Tiene, es verdad, otros poetas; pero su poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familiar se llama Aquileo J. Echeverría. Este poeta ha sido empleado público, militar, diplomático, periodista. Yo le he conocido hace ya muchos años, cuando era ayudante del presidente Cárdenas, de Nicaragua. En Washington, donde perteneció a la legación de su país, fué íntimo amigo de un distinguido argentino, el señor Atwell. Ha gustado siempre de la vida



RUBEN DARIO

social y no ha andado muchas veces lejos de la vida del país de Bohemia. Su indestructible pasión fueron las amables musas. Después de errar en varias repúblicas centroamericanas, retornó a su país y se casó y, como en los cuentos, tuvo muchos hijos. Su carácter, siempre jovial, siempre alegre, se opuso a los persistentes golpes de la mala suerte. Sus dones intelectuales se fueron aquilando con los años, pero el hada Carabosse que, como es su costumbre, había aparecido ante su cuna en los instantes en que otras hadas le dotaban con muchas cosas buenas, le hizo el poco grato obsequio de la mala salud. Y he aquí por qué cuando escribo estas líneas, se encuentra el Poeta de Costa Rica en un sanatorio de Barcelona. Ha venido a Europa, por una disposición especial del Congreso, en la cual co-

mo sucede siempre en esos casos, se hace saber oficialmente y sin eufemismos, que es poeta y que es pobre. Desde su lecho de enfermo, prepara en la Ciudad Conchal una nueva edición de sus versos el sentimental e ingenioso autor de 'Concherías'.

¿Qué significa la palabra conchería? El distinguido escritor costarricense señor Brenes Mesén nos lo explicará: "Aunque la palabra conchería es bien inteligible para los nacionales, no estará demás indicar que en Costa Rica, de unos ocho años para acá, se llama concho al campesino, al aldeano. Por lo tanto, una conchería es una acción, o una expresión propia de un campesino." Habla el poeta la lengua de los hombres rurales de su país. Una ráfaga del aire que acarició las melenas de Martín Fierro o de Santos Vega ha pasado por allá. El canto brota del terruño como las flores y los frutos autóctonos. Demás decir que Echeverría no ha tenido nada que ver con princesas propias o ajenas, no ha contribuido a hacer odioso el alejandrino, no ha demostrado jamás ningún ratacuero lirico ni se cree un pistonudo genio. Tiene—ah, tener eso todavía, Dios mío!—tiene un corazón. Un corazón armonioso, sensible y lleno de alegría y de ternura. Ha sufrido las terribles de la escasez y está padeciendo las amargas de la enfermedad y sin embargo no hay en él un solo instante de pesimismo, y como buen pájaro natural dice su decir rítmico celebrando las cosas lindas de la vida y despertando la sonrisa en los labios de los que escuchan su música risueña.

En pocas palabras sintetiza su valer uno de sus amigos, Antonio Zambrana: "No padeciendo o afectando enfermedades forasteras; no enclenque y canija, no vistiendo trapos de París manchados de vino, sino fresca y coloradota, la musa de Aquileo nació en Cotacuma en Barba; sobre eso puede haber disputa, y es muchacha alegre, honrada, si ligera de lengua, y muchas libras de peso. Aquí tienes, amigo lector, algo no sólo de la raza, sino de la tierra, algo genuino, espontáneo y sin careta; hombre que a otros no les presta la lira, contentándose a veces, para su música, con una flauta de caña hueca; pero hecha por él del material de nuestros bosques. Imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si conviene; ingenio peregrino, verba sonora y abundante; hay uvas de lo mejor de Andalucía y paranzas de aquí, con semilla de Valencia, en el plato que te presento; regala tu paladar y sé agradecido". Sí, puro, espontáneo; ciertamente, contentase a veces para su música con una flauta de caña hueca hecha por él del material de nuestros bosques. Pan hacia lo mismo, dirá él. Su verso es bien modulado, y aunque diga cosas de la patria nativa, demuestra su descendencia clásica, la fuente original de donde ha fluído el admirable y bien sonante romancero castellano.

Echeverría habla bien su lengua patriótica. Para Rafael Obligado sería el numen de Aquileo simpático como su apellido. Y yo aprovecho la ocasión para decir cuanto me encantan los poemas que como el árbol de su floresta dan la flor propia. Mi vida errante explicaría mi cosmopolitismo de antaño; y mi exotismo el ansia de lo deseado.

Otro escritor compatriota de Echeverría, dice "Quien conozca nuestro pueblo y su lenguaje ex-

presivo y sencillo, quien haya vivido nuestra vida y fortalecido el cuerpo enfermo con las emanaciones suaves de esta tierra, quien haya puesto su alma en contacto con esa naturaleza soberbiamente prolífica, tranquila y bella, no dejará de leer con amor los versos de este libro, porque de todos ellos se desprende el valor fortificante de nuestro suelo". Así ha sucedido, pues ningún otro poeta en Costa Rica tiene como él ni tantos lectores, ni tantos afectos conquistados.

Yo conozco la tierra de Echeverría. Los campos son fecundos y



AQUILEO J. ECHEVERRIA

risueños. Si en las costas quema la furia solar del trópico, en el interior el clima es fresco y la vida apacible. Los campesinos tienen casi todos tipos europeos. En montes y campiñas podéis hallar rústicas bellezas, de hermosos rostros y voluptuosos cuerpos. Si he visto en San José, la capital, damas incomparables y mozas de la cofradía del diablo que en París hubieran sido unas bellas Oteros, pude admirar en mis excursiones, mujeres e hijas de agricultores y carreteros, el rosa del pie descalzo y la cabellera al aire, y para galantear a las cuales habría yo solicitado de mi amigo Aquileo algunas de sus gratas concherías.

Fijaos en la primera parte de su libro.

Desde luego, no estamos aun escuchando la parla de los conchos. Ese romance revela su origen castizo y suena a España. Lo propio que cuando dice sentirse de hogar y casa paterna, o cuando plan ta un tipo netamente popular, eos tarriqueño al modo con que los maestros españoles nos han dejado la figura de los jaques andaluces o de los chulos madrileños. Qué deciros si hasta aparece el recuerdo del sencillo helenismo de aquel honesto don Juan Meléndez Valdez?

Es Clori, la esposa—del Céfiro amante...

Ni las anacreónticas ni los romancillos son del poeta que he querido hoy celebrar, sino las gallardas, las nativas, las valerosas concherías, en las que se encuentran, según las palabras del ya citado señor Brenes Mesén, aliento fresco de los montes, respiración sana de ternezas del levantarse la aurora, risas del campo cortando la tranquilidad de las horas... Los usos y las costumbres del buen pueblo de Costa Ri-

ca, sus preocupaciones y sus supersticiones, algunas heredadas de los tiempos coloniales, sus maneras de divertirse, de enamorarse, de pelear, sus duelos y sus negocios, todo dicho con sus provincialismos, con sus giros antigramaticales pero semejantes a los de algunas regiones de España, todo ello se encuentra en los versos de Echeverría. Don Roberto Brenes Mesén considera eso de importancia para los filólogos extranjeros. "No se le da bien descadado en un diccionario, sino vivo, tibio, como si se tomase de los labios mismos del pueblo. La trascripción se ajusta, tanto como es posible para no chocar demasiado con los hábitos existentes, a la verdadera pronunciación popular. Allí está justamente la importancia. Las palabras que los gramáticos han condenado como impropias, son con frecuencia, arcaísmos, y en todo caso se nos ofrece la oportunidad de ver que las leyes fonéticas que presidieron a la formación de la lengua castellana, siguen ejercitando su influencia a través de la distancia y los siglos. Si desde la época anteclásica vemos que la R final de los infinitivos se asimila a la L delante de los sufijos, y así lo observamos en Concherías, necesario será concluir que la vida de nuestra lengua posee una pujanza extraordinaria, y que allí donde se encuentra la libertad de hacerlo, se desarrolla tan fuerte como en los primeros años de su aparición en la Península Ibérica. Entre vocales la síncope de la D fué ley constante, y así subsiste en nuestro lenguaje popular, que la suprime indefectiblemente en los participios de la primera conjugación. La elisión de la O y de la E delante de palabras que principian por vocal, también la observaron los castellanos, y es ley dominante en la lengua tica y americana en general." Ticos se llaman en Centro América a los habitantes de Costa Rica. Desde luego, demás está decir que para comprender algunas de las poesías de Echeverría se necesita un vocabulario especial como sucede en casos semejantes, así sea un soneto de Pascarella, un poema de Jehan Rictus, una página de Bil Nay, o de Fray Mocho.

Leed los romances campesinos o criollos.

Decidme si en lo que comprendéis de esa relación y de sus diálogos, al lado de algo baturro, gallego o andaluz, no percibís la taimadez y la picardía gauchescas que al argentino Alvarez y otros han hecho perdurar aun después de la casi desaparición del gaucho. Hay otras poesías de Aquileo Echeverría en que eso se demuestra más claramente, y ello podrá comprobarlo quien lea su a meno libro.

Yo debo declarar que si en sus poesías de sentimiento me conmueve tanto como el murciano Vicente Mediana—a quien tan admirablemente ha seguido una poetisa también de Costa Rica, cuyos nombres no recuerdo en estos momentos—en los cuentos y descripciones criollas, aun en las que casi se dirían trabajos de folclorista, me perfuma y meifica el humor, me brinda el impagable regalo de la risa, de la honradez literaria.

Y queda agradecido el paladar después de saborear la miel aromada de los frutos de la tierra.

(Del prólogo a Concherías Barcelona Imprenta Elzeviriana de Borrás y Mestres. R. Cataluña 12-1909,

ERIDA gravemente de mal de amor, siente hervir su sangre, de vorada por un fuego secreto. La atormentan el valor de ese hombre contra quien se han conjurado todas las desdichas, y el esplendor brillante de su raza. Sus rasgos, sus palabras, sus desventuras, todo lo suyo le ha quedado grabado en el corazón, que en vano intenta recobrar la calma.

A la mañana siguiente, apenas la Aurora llena de claridad la tierra con la antorcha de Febo, y así que se disipa el húmedo vapor de las sombras, Dido, con el alma entristecida, se dirige a su hermana, que es la mitad de esa alma: «¡Oh Ana, hermana mía!, ¡qué visiones más horribles empavorecieron mi sueño esta noche y me llenaron de angustia!

«Pero ¿qué huésped extraordinario ha entrado en nuestra casa? ¿Qué valor el suyo!, ¡qué gallardía!, ¡qué número de hazañas! Creo en verdad, y no puedo engañarme, que es de la raza de los dioses. El temor fué indicio siempre de bajo nacimiento. Mas ¡ay!, ¡cómo se confabularon los hados contra él! ¡Qué adversidades guerreras ha tenido que sufrir hasta el fin! ¡Qué epopeya la suya!

«De no haber ya tomado la firme resolución de no tener esposo, luego que cortaron las Parcas mi primer amor; de no haber concebido un horror muy grande al lecho y a las antorchas nupciales, es posible que por él, y solamente por él, hubiese sucumbido a mi debilidad.

«Debo confesártelo. Ana: desde el día en que pereció mi desgraciado esposo Siqueo, y en que mi hermano manchó con su crimen abominable nuestros Penates, ése es el único hombre que supo herir mis sentidos y que me hace vacilar. Veo yo misma las huellas del fuego que me consume.

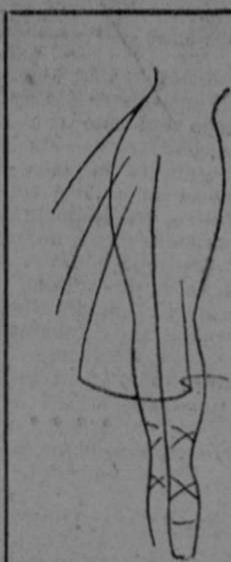
«Pero ábrase la tierra y lléveme a sus profundos abismos; lance el Padre omnipotente un rayo que me precipite en las sombras, en las pálidas sombras del Erebo y en las profundas tinieblas infernales, antes de que yo, ¡oh Pudor!, te viole y quebrante mis juramentos. Todo mi amor se llevó el primero con quien estuve unida: ¡que él lo guarde en su tumbal!»

Dichas estas palabras, derrama copiosas lágrimas, que caen sobre su vestido. Ana le dice: «¡Oh tú, a quien tu hermana quiere más que a la misma luz! ¿Será posible que consumas tus días y tus noches en el suelo de la vuidez? ¿que ya no conozcas la dulzura de ser madre ni las alegrías de Venus? ¿Crees que las cenizas de los muertos y los Manes que se deslizan en su tumba hacen caso de nuestra felicidad?

«Bien está que tu dolor haya rechazado a todos los pretendientes en Libia, como antes a los de Tiro; y que desdeñases a Yarbas, y a los otros jefes de la tierra africana, rica en triunfos; pero ¿seguirás combatiendo ahora un amor que te es tan querido? ¿Ignoras acaso los pueblos en que viniste a establecerte?

«No olvides que son tus vecinos, por un lado, la raza guerrera e indomable de los Gétulos, y los Númidas, caballeros sin freno, y la Sirtes inhospitalaria; y que al otro tienes una comarca que convirtió en desierto la sel, y a los Barceos, que se hicieron famosos por su indómita furia. Tendré, además, que recordarte el posible levantarse en armas de Tiro y las amenazas de tu hermano?

«Por eso creo que han sido el auspicio de los dioses y el favor de Juno lo que hizo que los vientos empujasen hasta aquí a esas naves troyanas. ¡Oh hermana



DIDO

Es la versión más literal de la "Eneida", la obra admirable de Virgilio (Publio Virgilio Marón, nacido en Mantua, Italia, 70 años antes de Cristo, y muerto con 19 años de anterioridad a la iniciación de nuestra era), hemos tomado fragmentos del Canto Cuarto, en el que trata de los desgraciados amores de Dido, reina fenicia de Cartago, con el héroe troyano Eneas, cuya flota arribó accidentalmente al norte de Africa cuando se dirigía a cumplir su destino en tierras itálicas.

La súbita y violenta pasión de Dido, su desengaño, su desesperación y su muerte están trazados con la maestría, el patetismo y la emoción propios del gran poeta italiano. En la novelística amorosa no es fácil encontrar páginas más desgarradoras. Aunque Dido es también figura de historia, tiene mucho de creación literaria en Virgilio, quien inclusive incurrió en anacronismo para hacer posible el encuentro de sus personajes, a quienes hace clave, por el trágico desenlace de su idilio, de la futura pugna entre Roma y Cartago.

por VIRGILIO

mía!, ¡qué ciudad llegaría a ser Cartago y qué reino el tuyo con un esposo así! ¿Cómo haber límite para tu gloria cartaginesa, yendo acompañada por las armas de Troya?

«Con sólo que pidas perdón a los dioses, y les ofrendes los sacrificios rituales, podrás entregarte enteramente a la hospitalidad. Busca entonces cada día un pretexto para retrasar la partida de tus huéspedes: la tempestad que se cierne sobre el mar, el lluvioso Orión, los navíos indefensos, el cielo irritado...»

Estas palabras avivaron el fuego que ardía ya en el corazón de Dido y llenaron de esperanza su alma atormentada, acallando la voz del pudor. Empezaron por dirigirse entrambas mujeres a los templos, para ir de altar en altar buscando la paz. Luego, según la costumbre, escogieron e inmolaron unas ovejas a Ceres la legisladora, a Febo, al divino Baco y, sobre todo, a Juno, que preside la unión en los matrimonios.

La misma Dido resplandeciente de belleza, con la copa en la mano, derramó el vino entre los cuernos de una ternera blanca, y dió unos pasos lentos ante las imágenes de los dioses, en torno al altar manchado de sangre. Después de esto, renovó los sacrificios como si el día apareciese de nuevo, e inclinó sus labios anhelantes sobre los costados abiertos de las víctimas, para leer en sus entrañas.

Lleva la reina a Eneas al centro de las edificaciones, y le muestra allí con orgullo la opulencia de la ciudad que está bajo su mando. Empieza frases, mientras habla, que no concluye. Cuando el día cae, dispone celebrar otro banquete como el de la víspera, y en su delirio pide al héroe troyano que recite nuevamente las desgracias de Ilión. Y nuevamente queda la reina prendida de sus labios.

Al separarse más tarde, porque la pálida luna amortiguó su claror y el declinar de sus astros aconsejó dormir, sola y triste la reina en su mansión desierta, tiende dese en el mismo lecho que él abandonara. Así continúa viéndole, y le escucha todavía, y retiene en tre sus brazos a Ascanio, fascinada por lo que se asemeja a su padre, para engañarse de ese modo con un inefable amor.

Cuando la Aurora se levanta y abandona el océano, y así que aparecen las primeras luces del sol, sale por las puertas de la ciudad toda la gente que se escogió para la cacería. Llevan redes de fuertes mallas, tableros y lanzas larguísimas. Entre ellos se destacan los jinetes masillos, y la jauría

que olfateaba en el aire.

Los magnates de Cartago esperan en el umbral de palacio a la reina, que se entretiene en su cámara. También la aguarda su caballo enjaezado de púrpura y oro, impaciente, tascando con altivez el freno, blanco de espuma. Por fin, aparece Dido, en medio de un cortejo numeroso. Se envuelve en una clámide de Sidón, con las franjas bordadas. Lleva un carcaj de oro, y son también de oro sus cabellos, anudados graciosamente. Y de oro el broche que recoge su vestido púrpuro.

Un grupo de frigios la rodea, y la escolta también el joven Ascanio, radiante de alegría. Pero entre todo el acompañamiento desce Eneas, el más hermoso de los príncipes. Recuerda a Apolo cuando deja los hielos de Licia y las aguas del Janto, para volver a la materna Delos.

Apolo entonces recibe el homenaje de los coros, y se mezclan y confunden alrededor de sus altares los Cretenses, los Driopes y los Argatisos de pintado cuerpo; y así el dios pasea por las cumbres de Cinto, con los cabellos ondulantes coronados de hojas y ceñidos de oro, y con los brillantes dardos a la espalda.

Esa es la figura que recuerda Eneas, y una hermosura igual a la de Apolo irradia de su rostro sereno. Cuando el cortejo llega a las altas montañas y a los parajes donde acaban todos los caminos, unas cabras salvajes saltan de los riscos y desaparecen por la pendiente de los montes, mientras los ciervos cruzan al galope la extensión dilatada de los llanos.

Se les ve abandonar las montañas, agruparse y huir entre nubes de polvo. Ascanio, en el centro del valle, acosa a su corcel jubilosamente para perseguirlos, y ora adelanta a éste, ora a aquel otro; mas fuera su gusto que de en medio del rebaño surgiese un jabalí espumeante, o que bajara de los montes un fiero león.

Entretanto, empieza el cielo a cubrirse con gruesa nube, que pronto se deshace en lluvia furiosa mezclada con granizo. Huyen todos amedrentados en busca de lugar donde guarecerse: tanto la escolta de tirios como la juventud de Troya y el mismo nieto de Venus. Los torrentes se precipitan con estruendo desde las alturas.

La reina y Eneas coinciden en una misma gruta. Dan la primera señal la Tierra y Juno, que preside los himeneos. Brillan las estrellas en el cielo, cómplice de estas bodas, y en lo alto de los montes entonan las ninfas el canto nupcial. Pero empiezan aquí las desgracias de Dido y la causa principal de su muerte.

Eneas prepara su marcha

Mas ¿quién podrá engañar a una mujer enamorada? La reina es la primera en presentir el abandono, y en sorprender la maniobra que se prepara, cuando ella lo creía todo más firme y seguro. La despiadada Fama, además, enciende en ella el furor, llevándole todas las noticias de las naves que se disponen a partir.

Pierde la hermosa púnica el dominio sobre sí misma, se desencadena toda ella y corre por la ciudad, ¡con el corazón en llamas, igual que una bacante. Parécense a las que en las orgías trienales se excitan a la vista de los objetos sagrados y a los gritos de Baco, en la noche que llenan de clamores el monte Citerón. Por fin, decide adelantarse y se dirige a Eneas:

«¡Oh pérfido!—le dice—; ¿esperabas disimular un sacrificio tal, y abandonar mi país, ignorándolo yo? ¿Es posible que nada te detuviese, ni nuestro amor, ni tus juramentos de ayer, ni la muerte espantosa de que va a morir Dido? He aquí que te veo reparar las naves, bajo las constelaciones de invierno, e impaciente por hacerte a la mar, cuando soplan con fuerza mayor los aquilones.

«¿Pues qué? Si no te hallases en tierra extranjera y en montañas desconocidas, si estuviera en pie todavía la vieja Troya, ¿te irías a ella, a través de los mares encrespados? ¿Es, pues, de mí de quien huyes? Déjame seguirte por mis lágrimas y por tu mano diestra, ya que en esta desgracia sólo me quedan lágrimas y súplicas.

«Déjame que te pida por nuestra unión, por las primicias de nuestro himeneo. Si nunca te hice más que bien, si no hallaste en mí más que dulzura, ¡ten piedad de mi casa, que va a desplomarse! Si eres todavía sensible a las plegarias, abandona ese designio aborrecible!

«Por ti afronté el odio de los pueblos de Libia, el furor de los tiranos númidas, y la enemistad de los tirios. Por ti, y sólo por ti, renuncié a mi pudor, y perdí aquella mi fama que se bastaba para elevarme hasta los cielos. ¿Por qué abandonas a la que va morir, huésped mío, único nombre que puedo darte, prohibido el de esposo?

«¿Qué conseguiré prolongando mi vida? ¿Que venga mi hermano Pígnalión a derrocar mis murallas? ¿que el gétulo Yarbas se presenta aquí a hacerme su cautiva? Si al menos, y ya que así huyes, hubiese yo alumbrado un hijo tuyo, si ahora tuviera en mi corazón otro Eneas, un pequeño

ser que recordara las líneas de su rostro, te digo en verdad que casi no me sentiría en abandono ni traicionada.»

No dijo más. El héroe troyano tenía fijos los ojos, bajo la advertencia conminatoria de Júpiter, y se esforzaba en mantenerse dueño de su atormentado corazón. Por fin, contestó, reposadamente: «¿Cómo renegar de ti? Puedes decir a todos los vientos lo mucho que te debo: nunca lo negaré, ¡oh reina! Jamás Elisa se apartará de mi memoria, y siempre vendrá conmigo un recuerdo, como un soplo que anime mi vida.

«Va a ser breve mi defensa. No te imagines que pensé siquiera en ocultarte con astucia mi partida. Por lo demás, nunca te prometí las antorchas del himeneo, ni contraje jamás tal compromiso.

«Si los hados me hubiesen consentido ordenar las cosas a mi antojo, llevar mi vida bajo mis propios auspicios, no hubiese salido de Troya, honrando allí a mis queridos muertos. Habría sido levantado de nuevo el palacio de Priamo, mi mano hubiese edificado otra ciudad de Pérgamo para los vencidos.

«Pero es a la gran Italia adonde me conducen Apolo Grineo y los oráculos licios; y es en Italia donde están mis amores; y en Italia mi patria. Si a ti, que vienes de Fenicia, te retienen los muros de Cartago, de esta ciudad libia que ahora está bajo tus ojos, ¿por qué envidiar su destino en la tierra de Ausonia a los que vienen de Pérgamo? También a nosotros nos permiten los dioses ir en busca de un reino extranjero.

«Cada vez que cubre la noche la tierra con su húmedo vapor, y que los puntos de luz se cuelgan del espacio, he aquí que mi padre Anquises viene a atemorizarme en sueños con sus admoniciones. Y pienso, además, en el joven Ás canio y en el daño que puedo causar a ser tan querido privándole del reino Itálico y de las tierras que le están destinadas.

«Por otra parte, he recibido hoy un mensaje de los dioses, y pongo de ello por testimonio a nuestras propias cabezas. Me lo ha enviado el mismo Júpiter, valiéndose de las alas de un dios, para por los aires transmitirme sus órdenes. Yo he visto a ese dios, con el relámpago luminoso que me lo ha revelado. Le he visto penetrar en el recinto de tus muros, y he escuchado su voz.

«Cesen, pues, para ti y para mí las lamentaciones inútiles. No puedo hacer otra cosa que seguir mi camino, hacia las riberas de Italia.» Mientras esto iba diciendo, la reina le ha dirigido algunas miradas oblicuas. Ahora sus ojos, antes de aquí para allá, se detienen en él, le recorren en silencio de pies a cabeza, y brillan, por fin, en la cólera con que su dueña y señora responde a Eneas:

«¡Oh pérfido! No eres hijo de una diosa; ni fué tampoco Dárdano el fundador de tu raza. Ha sido el Cáucaso quien te engendró en los abruptos peñascales que lo erizan, y los propios tigres de Hircania quienes te amamantaron. ¿Qué debo ya disimular? ¿Qué mayores ultrajes puedo esperar de ti? ¿Gemiste quizá a mi dolor? ¿Por ventura has vuelto tus ojos a los míos?

«¿Les ha arrancado una sola lágrima? ¿Tuvieron piedad acaso de su amante? ¿Qué puedo imaginar ya peor? Ni la poderosa Juno ni Saturno, padre de los dioses, pueden conseguir que llegue a esta mujer una mirada de compasión. ¿En quién, pues, confiar? El era un pobre ser perdido; le faltaba todo, y todo yo se lo di.

«Hasta quise, en mi locura, par tir el trono con él. Tenía perdidas las naves y extraviados a sus com

pañeros, y yo los salvé a todos de la muerte. Pero, ¡la cólera me devora! Hoy le han hablado los augurios de Apolo y los oráculos licios; hoy ha recibido un mensaje de los dioses, enviado por el mismo Júpiter sobre el pavés de los vientos, con esta orden abominable. ¡Buen trabajo el de los dioses en el Olimpo, y serios cuidados los que turban su quietud!

«No te retengo más; y nada tengo tampoco que decirte. Sigue tu camino hacia Italia, bajo el soplo del aquilón; llega a tu reino a través de los mares. Si las justas deidades tienen algún poder, yo espero que agotarás todos los suplicios en medio de los escollos, repitiendo sin cesar el nombre de Dido. Ausente de ti, he de seguirte, sin embargo, armada con mis antorchas fúnebres.

«Y cuando el frío de la muerte haya separado el alma de mis miembros, allí donde fueres te seguiré mi sombra. Has de purgar tu crimen, miserable. ¡Yo lo sabré, porque esa anhelada noticia vendrá en mi busca al profundo abismo de los Manes!» Al llegar aquí se detiene bruscamemente y cae desvanecida ante los ojos de Eneas.

Muerte de Dido

Vencida, al fin por su dolor, y extraviado en las tinieblas su pensamiento. Dido, reina de Cartago, decide morir. Busca primero en su imaginación la hora y la manera, y acude después a su hermana, a quien la pena ha troncado, serenando su rostro, disimulando su resolución y poniendo una luz de esperanza en su frente: «Felicítame, hermana mía — le dice —: tengo el medio de atraer hacia mí a ese hombre, o libertarme yo misma de mi amor.

La Aurora empieza a bañar con nueva luz la tierra, despierezándose en su lecho de púrpura. Y, desde lo alto de su palacio, la reina ve a un tiempo blanquear la mañana y alejarse las naves, con los linos abiertos como alas. Pronto queda la playa desierta y sin proas el puerto. Entonces golpease repetidas veces su pecho con el puño, y se mesa los cabellos dorados.

«¡Oh, Júpiter! — se lamenta —. ¿Conque se va ese hombre? ¿Con que el extranjero se ha burlado de nuestra soberanía? ¿Y no llamé yo a las armas ni le perseguí por la ciudad, ni lancé tras él todas las naves de mis astilleros? ¡Pronto! ¡Aquí las antorchas! ¡A-

ro que la suerte habría sido dudosa en esta lucha, mas ¿cuándo no lo es? ¿Y qué temor puede abrigar quien se dispone a morir?

«Yo hubiera llevado las teas del incendio a su campamento, y destruido por las llamas los vientres de todas sus naves. Así el padre y el hijo habrían perecido en ese fuego, al que yo detrás de ellos me arrojaría. ¡Oh Sol, cuyos resplandores alumbran todas las orbas del mundo! ¡Y tú, diosa Juno mediadora de mi unión y testimonio de mis dolores! ¡Y tú también, Hécate, a quien se invoca a gritos de noche, en las encrucijadas de las ciudades! ¡Y vosotras, divinidades vengativas, Furias y dioses todos de esta Elisa moribunda!

«Escuchad mis palabras, porque merezco que vuestra voluntad divina se vuelva hacia mis males; y oíd, asimismo, mis plegarias. Si es preciso que ese hombre execrable llegue a puerto seguro y desembarque en la orilla deseada, si lo exigen así los destinos de Júpiter y es ya imposible detenerle, que se vea al menos acometido por las armas de un pueblo belicoso y audaz.

«Que se vea expulsado de sus fronteras, arrancado de los brazos de su Iulo y reducido a mendigar toda suerte de socorros; que presencie la muerte indigna de cuantos le siguen; y que, luego de sufrir una paz humillante, se vea privado de su reino y de la dulce luz, y caiga antes del tiempo que le señalaran, y quede abandonado en la arena su cadáver insepulto.

«Esta es mi plegaria y éste el último deseo que se escapa de mi corazón con mi sangre. Y vosotros ¡oh troyanos!, hostigad con odio profundo a toda su raza y a cuanto salga de él; y rendid a mis cenizas esta honra póstuma: que no exista jamás alianza ni amistad entre nuestros pueblos.

«En cuanto a ti, ¡oh vengador mío!, cualquiera que seas, nacido de mis huesos, persigue con el hierro y el fuego a esos malditos invasores, ahora y más tarde, y siempre que tengas fuerzas para ello. Y oye mi imprecación: que se alcen siempre costas contra costas, mar contra mar y ejército contra ejército, ¡y que no dejen jamás de combatirse nuestros pueblos y sus descendientes!»

Dice así, y su alma flotante y conturbada trata de acabar lo más pronto posible con la odiosa

589
sas del troyano.» Oído esto, la nodriza se pone en marcha, con su andar fatigoso de decrepita, mientras Dido se afirma en su resolución.

Espera a que desaparezca la anciana y, al punto, con llamadas de sangre en los ojos, trémulas las mejillas y toda ella pálida con la palidez de la muerte, ya próxima, se precipita en el interior del palacio, salta con desesperado impulso hasta lo alto de la pira, y, una vez allí, desenvaina la espada de Eneas, que le entregara para muy distintos fines. Luego, mira un instante las vestiduras de Ilión y el lecho familiar, se entrega por un momento al ensueño y las lágrimas, y pronuncia estas palabras últimas:

«¡Oh ropas, que tan queridas me fuisteis mientras lo permitieron los hados y la divinidad!, os entrego mi alma, y os pido que me libréis de tauto sufrimiento. Mi vida acaba aquí. He cumplido la ruta que me trazara la fortuna. Sobre la tierra va a descender ahora una gran sombra.

«Yo fundé una ciudad magnífica, cuyas altas murallas he llegado a ver; y antes de eso, supe vengar a mi marido y castigar el crimen de mi hermano. ¡Cuán feliz habría sido con sólo que las naves troyanas no hubiesen arribado a mis costas!» Dicho esto, aplica sus labios al lecho y continúa:

«Voy a morir sin venganza, pero debo morir. Por lo demás, me es dulceirme yo misma, por mi propio pie, al reino de las Sombras. Que los ojos del troyano cruel vean desde alta mar las llamas de esta pira, y que le siga a todas partes el mal presagio de mi muerte». No ha acabado de hablar cuando sus doncellas la ven hundirse en el pecho el hierro mortal, que pronto borbota sangre entre sus mismas manos, salpicándolo todo.

Un grito se eleva hasta las bóvedas del palacio, y en seguida da sus trompetazos la Fama por la ciudad entera, llena de terror. Todas las moradas gimen en lamentaciones, y el aire se puebla con el llanto desgarrado de las mujeres. Tan grande es la tempestad de clamores que es como si Cartago o la antigua ciudad de Tiro hubiesen caído bajo el hierro invasor, o como si un espantoso incendio se hubiese desatado sobre los techos de los hombres y de los dioses.

Rápidamente acude la hermana de la reina; está empavorecida, pálida como una muerta, y se arranca la piel del rostro con las uñas y se golpea el pecho con los puños, lanzándose a través de la muchedumbre, y llamando a la que acaba de morir y gritando su nombre:

«¡Eso era lo que maquinabas, hermana mía! ¡Así me engañaste! ¡Y fui yo misma quien mandó parar esta pira, quien altares y estos fuegos, que tú tanto deseabas! Pero ¿qué logro con mis quejas, si me has abandonado? ¿Por qué ese desdén hacia tu hermana, al negarme que te acompañara en la muerte? ¿Por qué no me llamaste a compartir contigo tu destino? A las dos nos hubiesen llevado una misma herida y una misma hora.

«¿Cómo puedo yo alzar esta pira con mis manos, e invocar con mi voz a los dioses de la patria, para llevar luego mi crueldad a abandonarte en el último instante? ¡Oh hermana mía! Un mismo golpe nos ha herido a ti y a mí, a tu pueblo y tus leyes de Sidón, a tu senado y a tu ciudad... ¡Traedme agua para lavar los bordes de su herida, y que si un breve aliento flota sobre sus labios todavía, mis labios lo recojan en un beso!»

Lánzase pira arriba, mientras



qui los dardos! ¡A su banco los remeros!

«Mas: ¿qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué locura es la mía? ¿Y qué puede ya importarte, Dido desgraciada, ese impío? Bien que lo hubieras hecho cuando le dabas tu cetro, no ahora. Ahí tienes los juramentos y la buena fe del hombre que, según dicen, lleva consigo los Penates de su patria, y cargó sobre sus hombros al anciano padre, por la edad abatido!

«¿Acaso no pude yo prenderle, y desgarrar sus miembros y arrojarlos al mar? ¿No pude mandar, por ventura que degollasen a sus compañeros, y a su propio hijo Ascanio, para servirlo luego como

luz de la vida. Para ello empieza por dirigirse a Barce, nodriza de Siqueo, porque las cenizas de la suya quedaron en la vieja patria, y le ordena: «Ve en busca de mi amada hermana Ana.

«Dile que derrame en seguida sobre sí el agua lustral, y que traiga las víctimas con las ofrendas expiatorias que nos fueron prescritas. Hazla venir presto, y ciñete tú de paso la frente con las vendas piadosas. Quiero hacer un sacrificio en honor de Júpiter Estigio, y he empezado ya los preparativos, con arreglo a las normas rituales.

«Ahora debo decirte cómo pondré fin a mi aflicción: entregando sencillamente a las llamas esa pira formada con todas las cenizas

PERFIL DE ISRAEL A LOS CINCO

Primero de una serie de artículos, con un balance sobre las realizaciones del Estado de Israel en su primer lustro de vida.

por Benno Weiser



El perfil de Israel a los cinco años de su nacimiento, es el de un niño de infancia difícil. Ha superado ya el sarampión, la tos ferina y la difteria, así como resfriados, catarros, fiebres e irritaciones. El bebé rosado cuyo advenimiento con tanto regocijo celebramos, se ha convertido en un muchachito algo flaco, quizás un poco anémico. La precocidad, que tanta gracia hacía a padres y abuelos ha dado lugar a una condición más concordante con la edad. Ya nadie estalla en risa como cuando bastaba que la criatura dijera "¡bu!" para que fuera considerada un humorista. Está por salir del kindergarten. Dentro de un año escaso ingresará a la escuela. Esta es una edad difícil. Ha crecido mucho y rápidamente, pero casi exclusivamente en lo vertical. Se le han caído algunos dientes. Van a ser reemplazados, pero por lo pronto se nota su ausencia.

No le agrada lo que se le da de comer. Gasta la ropa, que en buena parte es de hermanos mayores, con la misma rapidez con que corre, trepa y cae. Sus rodillas, su cara y sus manos están llenas de rasguños, que son reemplazados por otros nuevos aun antes de que tengan tiempo de cicatrizar y desaparecer. No es un niño mimado. No nació en uno de los barrios residenciales del mundo; nació en el Medio Oriente. Tampoco le tocó nacer en el momento más apropiado. La familia, esta familia humana a que pertenece, tiene a cada rato otro pleito, otra controversia, y todo psico-

esto dice, y toma en sus brazos a la sin ventura, tratando de darle calor con el calor de su cuerpo, y limpiando su sangre entre gemidos. Dido se esfuerza en levantar los pesados párpados, y de nuevo se desvanece; un leve silbido se escapa de su pecho y de la herida profunda.

Luego hace por incorporarse, apoyándose en un codo, hasta tres veces; pero las tres vuelve a caer exánime en el lecho. Sus ojos extraviados buscan en lo alto la luz del cielo y gime la infeliz cuando vuelve a encontrarla. Por fin, la poderosa Juno se apiada de tanto sufrimiento y de agonía tan lenta, y envía a Iris desde lo alto del Olimpo, para que suelte el alma que lucha así por desprenderse de sus miembros.

Como su muerte no se debe a la necesidad ni a un castigo, sino que sucumbe la desgraciada antes del tiempo señalado, víctima de súbito furor, he aquí que Proserpina no ha arrancado aún de su dorada cabeza el cabello fatal, ni ha consagrado su frente a Orco Estigio.

Iris, la deidad que despliega unas alas, brillantes de rocío, y que arrastra sus mil reflejos por el cielo, bajo las rayas adversos del sol baja y se detiene ante la moribunda. «Tengo orden — dice — de llevar al dios de los infiernos tu tributo sagrado, y por eso te separo del cuerpo». Luego, con su mano derecha, corta un cabello de la reina infortunada.

Inmediatamente se extingue el calor de Dido, y su vida se desvanece en el aire.

nalista admitirá que escándalos y gritos no contribuyen a una infancia precisimamente feliz...

El quinto año ha sido difícil para Israel; en algunos renglones de progreso, en otros de retroceso, en muchos de estancamiento. La gran corriente inmigratoria se ha convertido en riachuelo. Por primera vez el crecimiento natural de la población superó al aumento por inmigración. Hubo incluso cierto número de emigrantes. Mejoró la situación alimenticia e incrementó la producción agrícola. Creció el área bajo cultivo, si bien una implacable sequía en el Neguev impidió que el país recogiera los beneficios este año. En un círculo vicioso (o beneficioso) la abundancia de dinero con que casi nada podía adquirirse se ha tornado en una abundancia de mercancías que casi nadie puede adquirir. Industrias que habían funcionado en un mercado sin competencia, tuvieron que ajustarse a precios más equitativos y mejorar sus métodos de producción. Ello, junto con la restricción de créditos y de moneda circulante, consecuencias de la política gubernamental de deflación, eliminó a cierto número de fábricas creando desocupación. Gran número de controles que habían hecho tan difícil la vida cotidiana, fueron abolidos ante la satisfacción de todos, menos de los centenares de empleados que como consecuencia de ello perdieron sus empleos. Otros miles fueron desahuciados en el curso del esfuerzo gubernamental por aligerar su presupuesto administrativo y adelgazar su aparato innecesariamente corpulento.

Parece que el muchacho ya no quiere ser bombero. Está madurando, si bien a su edad el término es relativo. Las fuerzas vivas del país eran predominantemente socialistas al nacer el Estado. Habían creado durante el Mandato británico, las bases sin las cuales el Estado judío no hubiera nacido. Era lógico quizás que, habiendo realizado la utopía sionista, se sintieran atraídas por la utopía socialista. Pero sistemas y pensamientos económicos que podía florecer en los viveros artificiales del Mandato no servían para la atmósfera libre del Estado. Había que desarrollar un país con escasísimas riquezas naturales al que llegaban inmigrantes en proporciones sin precedentes, sin recursos y en su mayoría sin profesión. Quizás sea el socialismo un medio posible para la distribución de riquezas existentes o potenciales. Pero difícilmente puede crearlas. Si bien teóricamente el Estado infante trataba de dar facilidades al capital extranjero, psicológicamente tenía que fracasar en este afán. Esa fase ha llegado a su fin.

En su quinto año, Israel emprendió por fin el camino del realismo económico. No precisamente como consecuencia de la inclusión de los sionistas generales en su Gabinete; esta inclusión fue ya consecuencia del viraje. Después de tantos momentos críticos en la economía del Estado infante, su crisis al cumplir los cinco años fue probablemente la más severa, pero de aquella que, una vez superadas, señalan la perspectiva de la recuperación. En su quinto año, Israel dio un paso decisivo hacia la normalidad, por dura que ésta fuere. La política de deflación no logró aún su propósito primordial: la reducción

RADIO CRYSTAL

Onda Larga: 690 Kc.

Onda Corta 6006 Kc.

PRESENTA todos los días a partir de las 8 de la mañana

CONSEJERO DEL HOGAR

UN PROGRAMA DEDICADO A LAS AMAS DE CASA

y de gran interés para los Hombres

SECCIONES IMPORTANTES

Sobre Alimentación Infantil. — Belleza. — Arte Culinario. — Consejos antes de que llegue el Médico en casos de Accidentes.

SECCION LITERARIA

Retazos del Alma. Cartas de Amor. Pensamientos.

Los mejores programas, naturalmente en

RADIO CRYSTAL

de la balanza de pagos. Tampoco logró aumentar la producción. Ni incrementó el valor adquisitivo de la moneda. Pero la libra escaseaba. Había que trabajar, y hacerlo más eficientemente, para ganarla. Valía la pena esforzarse, porque con el dinero ganado podían adquirirse mercaderías que hace algunos meses o bien no existían o existían solamente en el mercado negro. Esto, por supuesto, era poco consuelo para los millares que perdían sus empleos. Pero desde el punto de vista de la economía nacional ha servido para eliminar mucha materia muerta, tanto en la industria como en la burocracia: Israel, entre las naciones del mundo, contaba con la más elevada proporción de empleados de oficina. Tanto los empleos excelentes, como los obreros que trabajaban en industrias no eficientes o básicamente improductivas, fueron empujados por las nuevas circunstancias hacia la agricultura, que seguía siendo la mayor esperanza del país y que sufría de escasez de mano de obra. Se perfiló el reconocimiento de que más fácil que aumentar las exportaciones por medio de la industrialización, era reducir las importaciones por medio del incremento de la agri-

del pasado como el de la "Suiza del Medio Oriente" fueron reconsiderados y descartados para el futuro inmediato. Se reconoció que el único paralelo entre los dos países —la relativa falta de riquezas naturales— no bastaba para asegurar la repetición del milagro suizo. Israel no cuenta todavía con vecinos amistosos, ni con artesanos con generaciones de tradición y especialización. La mágica palabra 'industrialización' y la reverencia a todo trozo de hierro movido por un motor o una polea, dió lugar al frío reconocimiento de que el país sólo podía utilizar fábricas que redujeran las necesidades de importación o que permitieran una exportación con beneficios reales para el Estado.

En su quinto año Israel descartó buena parte de su caudal de conceptos erróneos.



Las utopías en las letras de hoy



N Norteamérica la sociedad es "fluida" que en otras partes, es decir; menos fija y arraigada. Los cambios en la vida del indi-

viduo y del grupo social son frecuentes. El hombre pobre de hoy es el rico de mañana, y al revés. Pequeñas ciudades pueden convertirse en pueblos famosos, y páramos estériles cubiertos de arena, en ciudades lujosas. Cosas que estas las hemos visto los que hemos viajado por el interior del país, sobre todo por el suroeste.

¿Qué es una utopía? Un castillo en el aire. Es decir, en los tiempos modernos más bien una ciudad en el aire. Interesan las utopías porque vemos en ellas lo que la gente sueña, y del sueño deducimos lo que la gente desea o teme o espera.

La facilidad de los cambios a nuestro alrededor hace más viables las utopías. No es extraño que en los últimos tiempos se hayan publicado tantas, sin contar "El Mejor de los Mundos", de Aldous Huxley cuya primera edición salió hace veinte años ni "Mil Novecientos Ochenta y Cuatro", de Orwell publicada en 1950. Estas siguen siendo hasta ahora las utopías más ricas en imaginación y, al mismo tiempo, mejor coordinadas con nuestra manera de ver el mundo.

En el pasado otras utopías tuvieron acogida entusiasta. Por ejemplo "Erewhon", de Samuel Butler (1872), que anda en español en excelentes traducciones y que es de una agudeza y un poder satírico genial. "Gulliver", de Swift es también, en cierto modo, una utopía y, naturalmente, la "Utopía" por antonomasia de Tomás Moro (1512), que tan cara le costó a su autor. Sin hablar de otros clásicos como "La ciudad de Dios", de San Agustín ni de la "República", de Platón de la cual han tomado muchos ejemplos los rusos soviéticos. Como Platón los había tomado de los egipcios, no es extraño que la vida soviética dé, a menudo la impresión de algo rígido y anacrónico en su manera de entender las clases sociales y las funciones y los privilegios.

A la gente le gusta soñar y crear lo que sueña. Además, el género utópico dentro de la literatura es el más adecuado para censurar o exaltar lo que nos gusta o lo que nos desagrada en la organización del mundo. Es lo que acababan de hacer Kurt Vonnegut en "Player Piano" ("El piano mecánico") Bernard Wolfe en "Limbo", Robert Andrey en "The Brotherhood of Fear" ("La Hermandad del Miedo") y Patrick Bair en "Faster, faster" ("Rápido, más rápido"). Si hay novelistas del futuro, también hay historiadores que nos dicen lo que los idealistas del pasado consiguieron con sus ensayos de ciudades ideales. Uno de esos ensayos tuvo su escena en Brook (New England) en 1841. El otro actualmente, cerca de Londres, en una ciudad nueva construida durante la guerra para des congestionar la capital británica.

El gusto por las utopías es natural y no producto de la civilización. Todos los chicos en sus siete u ocho años han soñado con ciudades de azúcar, casas de cristal con los muebles de caramelo y otras fantasías. Si los niños ponen el mayor énfasis en los placeres del paladar, los adultos dan el lugar más importante al amor.

Andrey y "El mejor de los Mundos", de Huxley coinciden en atribuir a la vida sexual una importancia decisiva, aunque en direcciones distintas. La utopía de Huxley dice que la vida afectiva del futuro será suprimida y que el amor quedará reducido a la satisfacción animal de un deseo. No faltarán lectores que estén de acuerdo, pero la mayoría de los hombres gustan rodear el misterio de la creación humana de circunstancias morales, reverencias y místicas.

El amor es en Huxley una función social sin sentimentalismo ni metafísica. En esa sociedad del futuro el amor-decencia de los románticos será combatido como una enfermedad. Según Huxley, la mujer será convertida en un animal ovíparo, la gestación se hará en laboratorios del estado y produciremos a voluntad masas obreras estériles, como las abejas.

Pero en la utopía de Huxley los antropólogos conservan en un parque cerrado algunos ejemplos de la sociedad de la que formamos parte hoy. Una familia de origen latino se conduce de una manera escandalosamente sentimental. Las pasiones están vedadas en la ciudad del futuro y el hombre mediterráneo se escapa del parque, circula entre la población, se enamora de una mujer y acaba suicidándose en medio de la curiosidad fría o el estupor de la gente. Su amada, una mujer fecunda, cuya función reproductora está controlada por el estado, se ha contagiado también de esa "enfermedad" amorosa, lo que quiere decir que la sociedad del futuro de Huxley no está todavía curada de nuestras "impurezas". Como se puede suponer, en todo eso hay más humor poético que profecía, y lo más interesante no



es lo filosófico ni lo moral, sino lo simplemente literaria. Todavía la mejor calidad literaria consiste, en mi opinión, en una atmósfera irreal que tratada lógicamente alcanza a menudo a producir los efectos fríos y puros de un sueño. Por ahí se acercan las utopías a las imágenes del surrealismo.

Si las pasiones están vedadas en el mundo futuro, el éxtasis lírico lo está también. La gran poesía de hoy se considerará mañana, según parece, subversiva y perversa. Dante, Shakespeare, estarán prohibidos. También lo estarán los misterios morales de orden abismal, como los Dostoyevsky y Tolstoy y Kafka y sus libros encerrados en cajas fuertes. Sólo serán accesibles a muy pocos iniciados. Tal vez Cervantes en ese caso uno de los autores permitidos. En el Quijote el amor romántico es una caricatura y lo son los ideales de la justicia y el ho-

EL PAKISTAN RECUPERA UN DESIERTO

El plan de recuperación de un desierto que ocupa actualmente al oeste de Pakistán ha aportado ya rotundos cambios en una zona desértica conocida con el nombre del Thal. Las autoridades correspondientes se ocupan de nivelar, irrigar y cultivar esta zona, que tiene una extensión aproximada a la del país de Gales o el estado de Massachusetts.

Hace cinco años, después de creado el canal que va del Indo a esta región, se empezó a llevar a cabo este proyecto; y desde entonces, la Comisión encargada del mismo ha puesto bajo cultivo unos 350.000 acres de terreno, en los que se produce trigo, algodón y caña de azúcar.

A los colonizadores se les dan quince acres de terreno con una casita de dos habitaciones, un cuarto de baño y un establo para el ganado. En las aldeas creadas en la zona viven ya 24.000 familias. Con el tiempo, más de mil kilómetros de carretera unirán las seis ciudades y las novecientas aldeas que se calcula surgirán en toda esa extensión de terreno.

Son muchos los países y organizaciones que contribuyen a la realización de este grandioso proyecto. El Banco Internacional ha concedido un préstamo para la adquisición de tractores, apisonadoras y arados. Dentro de los términos del "Plan Colombo", Australia, Canadá y Nueva Zelanda aportan a su vez una estación de investigaciones agrícolas, un establecimiento de cría y refinamiento del ganado, un gran criadero avícola y un laboratorio para hospitales. El Estado australiano de Nueva Gales del Sur envía por su parte 300 ovejas merino y cincuenta carneros, y Canadá contribuye con una planta de fabricación de cemento, que producirá 100.000 toneladas por año.

Además de ofrecer una nueva vida y una oportunidad a miles de pakistaníes, los cuatro millones de acres de terreno que se recuperarán para el cultivo del trigo, el algodón y la caña de azúcar constituirán un renglón importante dentro de la economía Pakistano es algo que no pasa inadvertido.

nor. Pero no dicen todavía nada de eso los utopistas modernos.

En el libro de Andrey toda memoria cultural y herencia moral y virtuosa han sido suprimidas. Esa es la causa de una tendencia al libertinaje que es a veces chocante y casi siempre más humorística que verosímil. No creo lo que dice Andrey. La humanidad tiene ya probablemente todo el libertinaje que puede tolerar. Pero algunos utopistas hacen con las ciudades del amor lo mismo que los niños con las ciudades de caramelo. Buscan la orgía.

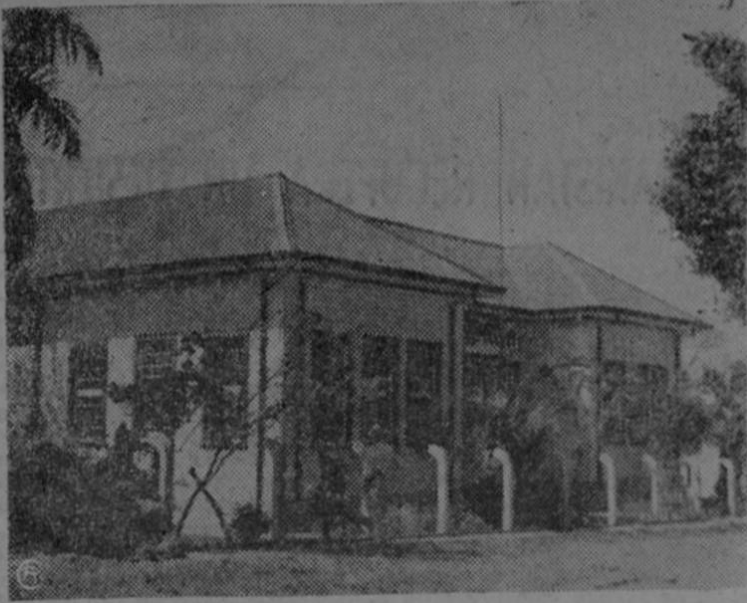
Ni Huxley ni Andrey son muy optimistas. Menos lo es Orwell, que en su "Mil Novecientos Ochenta y Cuatro" (una fecha bastante próxima, que muchos lectores alcanzarán) presenta un estado materialista y mecánico de una frialdad y violencia y de una indiferencia por la suerte del individuo de veras ofensivas. Los libros de Vonnegut y Wolfe tampoco revelan verdadera esperanza. El futuro es peor que el presente. Vonnegut describe en "Player Piano" una sociedad esclavizada a las máquinas tratando de rebelarse y lográndolo al fin, como en el drama de Ernesto Toller. "Limbo" comienza con una guerra de autómatas después de la cual se produce en el mundo una corriente de pacifismo que lleva a la gente a los mayores excesos de entusiasmo religioso entre ellos a la purificación por el martirio. Parece que cuando la gente es del todo feliz —o cree que lo es— se inclina a alguna forma de masoquismo y a crear desgracias artificiales. La gente en la novela de Wolfe se corta las piernas y los brazos, y los Volamps (amputados voluntarios) se convierten en la minoría admirable y en la aristocracia conductora. Si todo esto es posible, el futuro no resulta muy tentador.

Hasta ahora se consideraba la utopía como una forma de literatura "escapista", es decir, un medio de fuga de la realidad, pero habrá que comenzar a cambiar de opinión. Los utopistas de hoy ironizan contra el mañana de un modo violento y a menudo incorporan a la ironía las sales cáusticas del sarcasmo. Los escritores de hoy se burlan del porvenir.

Las "utopías" retrospectivas de las que hablaba antes se refirieron a los ensayos de ciudad ideal hechos en Brook y en las cercanías de Londres. Esto es más interesante en el plano sociológico. No se trata de lo que haríamos, sino de lo que hemos hecho, más bien o más mal. Los socialdemócratas ingleses, según cuenta Harold Orlans, en su libro "Utopía Ltd." han tenido que afrontar en su ciudad modelo las dificultades del viejo mundo y de la sociedad tradicional. Una comunidad libre es una empresa difícil porque la libertad es un don divino que, como el de la salud, sólo se comprueba y estima cuando se siente en peligro y cuando se pierde. El otro libro retrospectivo se refiere al ensayo famoso de 1841 en New England. Truman Nelson recuerda los accidentes, fracasos y victorias de aquel ensayo colectivista en el que tanto se interesaron Thoreau y Emerson y que acabó, según las malas lenguas de Boston, en una triste confusión en la que no faltaron los Personalismos, la lucha por el poder, los celos de todo orden y las más tristes pruebas de la violencia de nuestros instintos.

Ni la utopía del futuro ni la del pasado ofrecen nada definitivamente mejor que lo que tenemos ahora. Todos esos libros son pesimistas. Sobre todo los que se refieren a los experimentos históricos. ¿No será la mayor utopía la de Brook es decir la que trata de forzar las etapas y de crear artificialmente en 1841 lo que sólo podrá traer el tiempo con sus pasos contados y la sociedad con sus experiencias laboriosas?

El pesimismo de los utopistas nos muestra que en la sociedad moderna de los países progresivos donde la libertad individual y el sentimiento de la dignidad del ser van juntos nadie sueña en escaparse. Ni por la acción ni por la imaginación. ¿Tal vez por falta de fe en el porvenir? ¿Es que la gente ha perdido la esperanza en el mañana? En ese caso, habrá que atribuirlo a las tremendas decepciones que el fascismo y el comunismo —dos aspectos del inconformismo utópico— han representado para la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo.



Al 31 de diciembre de 1951 la población del Cantón de Bagaces ascendía a 4,288 habitantes, pudiéndose calcular que en la actualidad se aproximan a los 4,500. Fue creado por la Ley N° 167 de 7 de diciembre de 1848, y consta de un solo distrito, que está constituido por la cabecera cantonal, la ciudad de Bagaces, y por los caseríos de Montenegro, Montano, Río Blanco, Río Chiquito, Bebedero, Pijije, Agua Caliente, Cofradía y Río Blanco.

En Bagaces nació el ex-Presidente de Costa Rica, el General don Tomás Guardia.

BAGACES

FORMA parte de la provincia de Guanacaste. Está situado el cantón sobre un terreno plano, cascajoso y algo estéril, entre los cantones de Liberia al Noroeste; Nicoya al Sur; Las Cañas al Este; y la provincia de Alajuela al Norte. Está regado por el río de Las Piedras, que desde su confluencia con el Tenorio en la población de Bebedero, es navegable para embarcaciones de cabotaje que salen al Golfo de Nicoya por el estuario del río Tempisque y de allí a Puntarenas. Además, están los ríos Salto, Bebedero, Tenorio, Potrero y Río Blanco.

La principal ocupación de los habitantes es la ganadería, pero también se dedican a la agricultura, produciendo maíz, arroz, frijoles y caña de azúcar. De sus bosques extraen maderas, caucho, zarzaparrilla, vainilla, bálsamo negro, etc.

Al norte del cantón se encuentran los volcanes Miravalles y Cuipilapa, el primero en actividad, el segundo apagado.

La cabecera cantonal, Bagaces, está ubicada al lado oeste del río La Celba. Es población precolombina y a la llegada de los conquistadores españoles estaba habitada por los indios bagaces y corobicies, que la abandonaron allá por los años de 1570. Su nombre es indígena: Bagacis, que significaba lugar donde hay caña de carrizo (baga, caña de carrizo; y tzi, lugar).

No siempre estuvo esa localidad en el mismo lugar: según unos historiadores, en 1751 estaba situada entre los ríos Corobici y Tenorio, y otros la sitúan por aquellos tiempos a orillas del río llamado La Vieja o Agua Caliente, en el camino que hay de Bagaces a Las Cañas. Y fué trasladada en 1790 al lugar donde



hoy existe, por el cura Nicolás Carrillo.

Su progreso ha sido lento. En la actualidad, la ciudad de Bagaces tiene mejoradas sus perspectivas futuras, ya que se encuentra sobre la carretera Panamericana, a 16 km. del pueblito fluvial de Bebedero y a 25 kilómetros de Liberia, y cuenta con un campo de aterrizaje de los mejor situados. Cuenta con algunos buenos edificios. Su altura es de 175 metros sobre el nivel del mar, y su clima es tórrido, aunque seco y agradable.

(NOTAS, gentileza del ingeniero don Jaime Granados Chacón).

